

CALMIEO

Cameo: (del francés *cameau*) 1. Camafeo, figura tallada de relieve en piedra dura y preciosa como el ónice, amatista o sardónica. 2. (*del argot escénico*) Desacreditada y breve participación a cuadro, por extensión cine y televisión, de una celebridad que no toma el papel de actor. Las frecuentes apariciones de Alfred Hitchcock dentro de sus filmes ayudaron a popularizar el término.

CAMEO

RIGOR MORTIS / 3

PAX AMERICANA / 9

C'ETAIT UN RENDEZVOUS / 13

MISTICA MADAME GUTALCA / 22

IN THE NAME OF LOVE / 27

EUTAN ASIA / 32

PUNTO JONBAR / 34

PRINCIPE MYSHKIN CON DOBLE TORTILLA, NADA DE CHILE / 36

MONOLITO / 42

NUESTRA CASA EN LA CUADRA DIMENSION / 47

LA CAJA DE PAN DURO / 54

UNA EPIFANIA APARTE / 68

EL SOL BRILLA PARA EL FRESCO / 73

LA SEXTA ESTACIÓN / 94

RIGOR MORTIS

Diecinueve años antes, Gabriel Fuster había escrito su último cuento. Desde entonces, 19 libros han sido publicados y conteniendo una centena de sus relatos. Un ciento de narraciones fantásticas que han salido de su máquina de escribir mecánica Olympia. Lo que nadie sabe es que todos esos cuentos no son de su inspiración, sino que han sido escritos por pequeños marcianitos en brillantina, a bordo de su nave interplanetaria de pocos centímetros.

La fama le vino temprano a Gabriel Fuster. Éste ganó su primer certamen a los 9 años, en cuarto grado, durante los festejos de primavera de su escuela primaria, al escribir su tarea en verso. Las rimas eran de los más elementales, considerando el rebuzno del burro, pero la imaginación vertida lo convirtió en un instantáneo *cause célèbre*. Aunque se levantaban interesantes cuestionamientos en matemáticas y ciencias naturales que lo motivaban a ser físico nuclear, esto fue ignorado por su profesora y fue obligado a quedarse sin recreo los años siguientes para escribir oratorios a las monjas del colegio. Siendo niño *scout*, a los 14 años, logra la insignia de escritor con sus relatos de campamentos, lo que significa ser una luz de bengala entre la comunidad.

Su primer recital vino cuando tenía 24 años y, a la par, nació el Instituto Veracruzano de Cultura. El público fue cautivado con la lectura de su cuento “*La cucaracha*”. Dos años después, el público llenaba la Sala Manuel M. Ponce, en Bellas Artes, para escuchar su cuento “*Al filo del insomnio*”. Su primera colección de cuentos fue publicada cuando tenía 25 años.

Para la edad de 26 años, él era un autor fecundo y los críticos no se atrevían a clasificarlo bajo el rubro de autor de cuentos, sino literatura moderna. La demanda de sus

libros era superior a los libros para iluminar y prácticamente arrebatados del infierno. Sus borradores llegaron a subastarse en bazares culturales. Una admiradora le susurró al oído que ella “prefería comprar al autor” y pagó con doblones. Las ideas suyas se estibaban en cajas, tan pesadas como si contuvieran su cuerpo. El tomaba la palabra en toda reunión y no había suplemento periodístico que no incluyera sus notas cada fin de semana. El estaba por cumplir los 27 años.

En el mes de agosto, un lunes por la noche, el 15, para ser exacto, a las nueve con diez minutos, para ser tedioso, Gabriel Fuster se secó. Sí, así de simple y directo y terrible...se secó. El escribió su última original palabra de su última original idea para los lectores y todo acabó. Colocó una nueva hoja en el rodillo y abruptamente se encontró a sí mismo falto del mínimo tilde para una empezar una nueva historia. Las horas continuaron hasta el amanecer y Gabriel Fuster se encontró desgajado como el tacto de la piedra. Por primera vez en su vida, el mágico don de engrapar palabras para ahorrar al lector el problema de vivir estaba perdido. El don para aventurarse donde el lector no se atrevía entrar por su cuenta o espiar donde cerraría los ojos, estaba embotado. Ya no tenía ideas para dar. No más extrañas fábulas para descansar su trayectoria en los oídos de los creyentes. No más flores de celofán en amarillo y verde brotando como su cabello ni luminosos episodios con porteros de plastilina, uniformados con corbatas de vidrio, en la estación imaginaria de caballitos mecedores. Un lector se pregunta como es posible que la mujer de ojos de caleidoscopio no pese un gramo, menos aún que una mota de polvo. Cuentos del revuelo. Ahora su mente era un vasto terreno baldío y su alma empeñada en el largo viaje por la senda ignorada o un discurrir por horizontes grises extendiéndose en una blanca topografía de nada. Finalmente, cuando el sol llegó, él supo la verdad. La vigilia agranda sus ojos para darle el mañana y el día después de mañana y toda la cadena de

mañanas de esterilidad que se estiraban al infinito. Tal vez no habría descanso para el sueño de no ser porque se inclina sobre la maquina de escribir, luego apoya su cabeza en el frío metal y llora. Era el fin. El se contempló a sí mismo siguiendo la ruta de Octavio Paz, vendiendo lo que quedaba de su obra en eternas entrevistas, firmas y lecturas aquí, allá y en todas partes, pero él no era un buen orador y, francamente, no toleraba multitudes de más de dos gentes. El consideró la ruta de Carlos Fuentes, dando cátedra en universidades en estado larval, pero él estaba seguro que más temprano que tarde llegaría a una mutua relación destructiva, sabedor que muchos profesores son propensos al suicidio, pues la misma exacerbación que vuelcan en sus clases, la viven para hablar de sí mismos. También imagino la ruta de Fernando del Paso y retirarse a algún sitio desnudo y yerto que nadie sabe. La vigía en ciudades sin respuesta, cumbres sin ecos, ríos mudos, cielos sin habla. Y dejar escapar aves tristes con misteriosas pistas sobre la preparación de la siguiente novela, la obra maestra para la siguiente década, pero él escuchó que Fernando del Paso, al igual que J. D. Salinger y Thomas Pynchon, todos enloquecieron como cabras. Y Gabriel Fuster temblaba ante la idea de convertirse en un ermitaño. Era claro que no había ruta de escape en esta prisión en el fin de la tierra. El tenía 27 años y su carrera estaba terminada.

Gabriel Fuster camina con tumbos hasta su cama y duerme el resto del día.

El hambre hace despertarlo a las ocho de la noche. Perturbado, con la madre de todas las jaquecas, Gabriel se encamina al baño. La almohada lo carga de hombros, lo aprieta del talle. La luz, muerta en las esquinas, le equivoca la ruta en el drenaje. El agua no ha alcanzado a despertarlo cuando escucha el martilleo de los tipos haciendo cambios en el aire. Es verdad que los fosos y los corredores inventaron los fantasmas, pero la máquina de escribir provocaba un furioso tak-tak-tak-tak como disparos de artillería. No se podía culpar

a una máquina eléctrica del ruido. El artista no confiaba en ellas, por ejemplo, según su propio juicio, las máquinas mantienen un malicioso zumbido bien temperado mientras uno se detiene en flexión de bostezo. Y si coloca las manos en posición preparatoria sobre el tablero, el mínimo roce irrita a la insolente bestia que equivoca la letra y echa perder la sentencia inmortal. Gabriel Fuster no gustaba de las máquinas eléctricas y, por lo tanto, no cabía alguna funcionando en ese núcleo de la duda.

El escritor se mira en el espejo del lavabo, abofeteando la cordura. El no puede volver a escribir y la máquina mecanógrafa se halla multiplicando sus golpes en el cuarto contiguo. La curiosidad absorbe la mirada y Gabriel se asoma al escritorio y distingue el aparato en la contraluz de la ventana. Tres diminutas figuras operaban las teclas, haciéndolas escribir aventuras verbales a 60 palabras por minuto.

-¿Cómo se deletrea necromancia? – pregunta EBE 1, o sea, entidad bio-extraterrestre uno.

-Con dos Ces, corambovis iluminado de panarras – responde EBE 2.

Un ¡Ooof! se escapa de EBE tercero, quién sube la rampa de la nave intergaláctica, verdaderamente deslumbrante en medio de la habitación, que provoca el fototropismo de los otros inquilinos de la casa. Hay insectos que corren hacia la obscuridad cuando un foco se enciende, como las cucarachas. Otros, en cambio, se dirigen a la luz, como la polilla. Los entomólogos tienen bien estudiada esta condición, aunque se les adelantaron los teólogos cuando dividieron a los hombres en fervidos e iconoclastas. EBE tercero apura a los suyos mediante aplausos.

-Sea arreboles de brindis, iletrados

Y el martilleo de las teclas se reanudaba.

“Ya no vuelvo a cenar pizza Domino’s, jamás”, se decía Gabriel Fuster, suponiendo que sufría una intoxicación por botulismo. En un movimiento reflejo, enciende el interruptor en la pared con la espalda.

-¡Hey, apaga esa luz! – reclama el trío al unísono.

Gabriel no hace movimiento alguno. No precisamente por desafío, sino porque era incapaz de hacer movimiento alguno. EBE 3 se le que mirando fijamente y entonces manotea en el aire, dando la sensación de buscar la aniquilación del planeta.

-¡Muy bien, muy bien....se suspende la misión! ¡Alto total!

Los soldados paran de escribir y corren al interior de la nave. EBE 3 se adelanta a tocar Gabriel por la rodilla. Al contacto, descubro que el mando de mi televisor enciende y apaga los de todo el vecindario. Por fin soy un elegido. Ahora tendré que pensar en qué creer para ver qué canal nos conviene más a todos.

-¿Cómo supones que terminemos de escribir 3,000 palabras esta noche contigo interrumpiendo?

Gabriel Fuster se encoge de hombros.

-Siéntate un momento

El se sienta, en el suelo. No quería hacerlo, pero no tuvo remedio

-Ahora, tu primera pregunta es ¿Quiénes somos?. Y la segunda es ¿Qué hacemos aquí?. Bueno, la pregunta correcta que debes formular es ¿Quién soy yo?

Gabriel vuelve a encogerse de hombros.

-Tú eres un humano. Nosotros sabemos todo acerca de tu especie. De algún modo, hemos estado por aquí un buen rato antes que ustedes. Nosotros somos *malarkey* y los hombrecitos grises, aunque ésta es la forma en que tu comprensión puede reconocernos.

-Yo una vez escribí un cuento sobre alienígenas

-Por eso es que te estamos visitando

-¿Por el cuento?

-Afirmativo. Nosotros también somos escritores en nuestro mundo. Y ustedes tienen algo que nosotros carecemos: Erratas, fallas, inexactitud. Nuestra literatura es perfecta, tan perfecta que mil libros distintos semejan mil libros iguales de valor perfecto, perdurables solo en cuanto a su forma estética. El Toki Pona es una aproximación terrestre a lo que me refiero.

-Vaya, yo suponía que su cometido era inseminar artificialmente a sus víctimas o broncearlos con rayos ultravioleta. Quitar dioptrías y poner empastes sin dolor.

-Negativo. Te propongo un trueque. Tú firmas nuestra mitología a tu nombre y nosotros discutimos tu fragilidad en nuestro sistema. Te repito, la idiotez es interesante para nosotros.

-Sí, claro...por supuesto. Pero, mmm, ¿Qué estaban escribiendo en la máquina?

-Estamos escribiendo un cuento intitulado "*Lotto*"

-Está bien. Perdonen la interrupción, sigan trabajando. Anoche me desperté con la conciencia tranquila. Qué susto. Pensé que estaba muerto. Espero que esto no vuelva a suceder.

Dicho esto, se ha acostado bajo un ovni. *Toki pona*. Ultimamente, Gabriel Fuster ya no escribe y nota que se le acumulan las ideas de una forma exagerada. Tanto, que cada vez que abre la boca, lanza a toda velocidad frases enteras que se van desordenando y, al llegar al suelo, no hay quien las entienda. Así que, ahí se quedan. Cuando la gente no las pisa, hacen remolinos con el viento, suben y bajan chocándose entre ellas y parece que va a salir de su centro algún extraterrestre experto en letras. Pero esa es otra historia. Otra que empuja por salir, porque las demás la están apretujando a ella.

PAX AMERICANA

La foto era en blanco y negro. Alto contraste, fuera de foco y pobre composición. Los detalles invisibles al ojo eclosionan en la ampliación y revelan a un grupo de hombres con uniformes de campaña, mirando con binoculares desde una colina de arena. El hombre al centro era instantáneamente reconocible: cara redonda con un espeso bigote negro. El rostro en sí parecía la caricatura de la persona misma. Saddam Hussein se aprecia rodeado por un grupo de soldados leales, pero era obvio que, aún en esta impresión tan granulosa, uno de sus acompañantes definitivamente no era árabe.

El General Mike O'Neill, actual director de la seguridad nacional, escuchaba al expositor de pie, Coronel Frank Dextro, oficialmente *Deputy J-2 for the Joint Chiefs of Staff*, o Brigadier J-2 del Alto Mando, un complejo título para señalar el segundo lugar de la plana mayor que monitorea las crisis internacionales, bajo el ala oeste de la Casa Blanca. No estaba contento.

-¿Hay alguna vacilación en tu mente que tratamos a alguien distinto de Gabriel Fuster?- demandó el General.

Dextro hizo una pausa de vidente oriental y concluyó.

-La *polaroid* fue mostrada a las tres esposas del poeta y cada una de ellas se ha postrado ante la imagen a adorarle, sin decir más que: "Dios sonrío en mi pubis rasurado". Un gran delta de jaculatorias.

-Esperaba que hubiera un margen de duda en algún sitio, pero, diablos, lo reconocí también. Yo lo conocí en Saudí, durante el aseguramiento de los pozos en Kuwait. Gabriel Fuster me mostró un pedazo de papel lija diciendo que podía servirme como mapa en el lugar.

No obstante, no hay registro oficial de tal encuentro.

Este excéntrico escritor había vendido sus servicios al mejor postor en cada oportunidad. Ahora asesoraba y entrenaba a las tropas infernales. No obstante, la CIA en Roma informaba encontrarse rastreando el pasaporte de Fuster, aunque jamás se hizo la relación con Fuster sino con Jasper Maskelyne. Asunto repetido y deformado en chisme de tabloides hasta que fue menospreciado por un agente inglés en la frontera con Turquía. El último registro, la foto que pasaba de mano en mano, parecía mostrar a Gabriel Fuster al lado del mismo Saddam Hussein.

El escritor vestía una boina a la moda iraquí. El mantenía unos binoculares con la mano izquierda y señalaba hacia algún punto distante con la otra, probablemente a las maniobras más intrépidas que se pueden juntar en una guerra, la referida suma de todos los miedos. Luce platicando, quizás explicando o comentando, y Saddam le estaba dando a Fuster su completa atención. Sus manos aparecen juntas tras su espalda. Medio cuerpo en dirección al parlante y la atención puesta en las palabras del poeta. ¿Cuánto tiempo habrá captado su interés? ¿Qué le decía? Probablemente un astuto plan para acelerar el ataque. O cómo mover ejércitos zurdos a dextrosum. O como leer a Von Clausewitz. ¿Estaba Hussein escuchando?

Jasper Maskelyne fue un mago británico de los años treinta, aunque es más recordado por sus servicios prestados a la corona durante la segunda guerra mundial. La carrera militar de Maskelyne se limitó a crear artimañas a gran escala y camuflajes para la Inteligencia Británica, con base en los principios del ilusionismo. El mago eventualmente derrotó a los tanques nazis en el norte de Africa usando espejos y carpintería. Su mayor truco concierne al canal de Suez y el combate de los bombarderos alemanes. El mago consiguió

desaparecer el puerto de Alejandría con dos pases mágicos y permitiendo a las estrellas que se escombraran ante las baterías antiaéreas. Terminada la guerra, Maskelyne se mudó a Kenia y fundó una escuela de manejo. Saddam se consideraba el guerrero de todas las épocas, el ganador que saluda a la Historia. El vencido rinde su espada con memoria. Para ganar hay que asegurar el ataque sorpresa, aunque la mejor sorpresa no es la que sigue sus propias reglas. Por ejemplo, si un enemigo empieza a construir trincheras y *bunkers*, seguramente ellos se ponen a la defensiva. O si un enemigo empieza a ampliar su arsenal y racionar su combustible, ellos planean el ataque. Y si una unidad deja el cuartel, pero sin repercusiones con la economía mundial, probablemente se trata de un ejercicio de logística. Falso. El ejemplo de Maskelyne era el movimiento de la pieza hacia dentro del jaque mate como Gabriel Fuster era el escritor que se le adelantó a la CIA y estableció el escenario total de su Operación *Punta de Longino*. Saddam Hussein era todo oídos a la lente espía. Al mismo tiempo, Frank Dextro recibe el sobre clasificado de ultramar. Peligro que no le pertenece. Arma que aún desconoce.

CNN intercala la noticia entre la cobertura de un tornado en Louisiana y una investigación sobre los colorantes artificiales en dulces. *Irak se alista para una segunda invasión*, dicta el comunicado vía satélite. El ruido ambiental es de motores de avión tipo jet despegando, aunque la cámara sólo captura la parte del fuselaje y el ala de uno estacionado.

-Les habla Jan Moore y me encuentro a bordo de un portaaviones navegando en algún punto del golfo Pérsico. Aviones como los que ustedes ven a mi espalda despegan cada treinta minutos desde la noche de ayer. El área se encuentra en alerta y no me está permitido identificar las unidades ni su destino, excepto les comento que estas maniobras son una respuesta a las actividades conocidas como Operación *Punta de Longino*. Los

Mariners a los que me he acercado se hallan apercibidos para dar entrevistas, pero lucen motivados y listos para patear algunos traseros de ser necesario. Tienen noticias que hay un hombre en Bagdad obstinado en hacer la tarea bien en esta ocasión. *Let's Irak and Roll, folks*. Este es Jan Moore, informando para CNN.

Saddam Hussein imagina cómo retrasar la aparición de las hormigas. *Justo a tiempo*, murmuró el Presidente, siendo que Gabriel Fuster nota un espejismo. Imaginen esto, la policía antimotines usa balas de goma contra el soberbio ajedrez ígneo. Alguien, en algún lugar, ha tenido una idea lúcida sobre armamentos inocuos. Balas de goma, luego balas de felpa, minas claymore de grageas, granadas de gel, tanques de estyrofoam y el regreso a la guerra de almohadones cuerpo a cuerpo. Ok, la guerra química desarrolla dos clases de gases, los que provocan risa y los que hacen llorar. ¿Qué tal un gas que provoque libido? ¿Inspiración? ¿Por qué no ir más lejos de las pistolas de agua? ¿Qué tal cañones que disparen Agua Quina? ¿Leche? ¿Jugo de naranja? ¿Y las pompas de distracción masiva? ¿Qué ciudad podría resistir la fuerza de un chicle bomba? Motita, por supuesto. Igual, por lo menos, al ángel de la Bética, superior a sus preciosos primos en los focos de resistencia, Saddam escucha la estrategia del imaginativo que pone el oasis a la izquierda y levanta la zancada del polvo, polvo que es existencia y superficie de un desierto donde la guerra es lo mismo que sed. Todos posan para *Candid Camara*. Lejos, CNN disputa a NBC el único horario admisible del bombardeo a Bagdad, a causa de la batalla del rating.

C'ETAIT UN RENDEZVOUS

A su parecer, la invisibilidad jamás era obscuridad en la Ciudad de las Luces. A su parecer, los excesos comestibles del calor la robaban de la vida social, en la noche, en la tea idólatra, en otros pasos fuera del alcance de las sombras en los Champs-Élysées.

Ni siquiera desaparecían bajo los faroles tachonados en Madrid, tampoco en las vitrinas de Londres. No en Roma o alguna de las nueve capitales de la discontinuidad de sus vacaciones. *El Gourmet de los Tours del viejo continente*, pensaba.

Pero la noche llegaba frecuentemente a Ciudad de México.

Vuelo LP-519 en caída libre, luego aquel que mensura el aire puede vivir en la muerte y morir en la inmortalidad. La inmortalidad es una cortesía provocadora de suplicio y hambre, terrible hambre. Dolorosamente, hambre que no acaba. Ciudad de México se había convertido en un lugar inhóspito para los seres de la noche, pero Ciudad de México había quedado atrás y todos los sitios de peligro. Al igual que en Madrid. Londres, Amsterdam. Ahora se hallaba en París por vez primera y la noche le daba la bienvenida con todo el brillo de sus lunas cristalizadas y sus promesas.

Registrada en el Hôtel de Saints Pères, se extiende, demuestra, se deja leer. Toma un baño caliente y su mente acompasa la boga de la tina. Tomándose el tiempo que suele tomar antes de salir a cenar, antes de salir a encontrar pasión. El tiempo está exprimido en el puño. Arrugado, puro detesto, puño de rompeolas. La camarera se olvidó de proveer una esponja o los hoteles en Francia no las conocen. Un franco por cada bostezo. La chica que contesta el teléfono en recepción no puede entender lo que le está pidiendo. Lilith y la empleada pasan diez minutos intercambiando sonidos ininteligibles. El Príncipe de Praga, ahogado en el reloj de agua, jamás consiguió alguna.

-¡Ah, *oui, mademoiselle!*- la recepcionista exclama -¡*Le gant de toilette!*

Instantáneamente, Lilith reconoce que ha sido comprendida. *Sí...sí...oui, gant...mmm...para baño.* Dos frases más y ella aprende que los franceses piensan que una esponja es un artículo demasiado personal para compartir de un hotel, luego el francés carga con su *gant de toilette* cuando viaja.

Da prueba de su validez por el frío y regresa a la tina, entonces inmerge la cabeza un minuto. Sumergidos, toda inocencia puede llegar a ser culpa. Atrapa una bocanada de aire y se contrae para palparse. La toalla húmeda le sirve de antifaz de los ojos y cerrar los ojos alivia la resaca del *jet-lag*. Nuevos aeroplanos entran por su ventana. Diablos, ella estaba furiosamente hambrienta.

París es un lugar reputado por su cocina.

Alguien atribuyó a Hemingway la consideración de que París es un festín desmesurado. En 1765 se abrió en París la casa de comidas *De Boulanger*, en cuya fachada el dueño puso un letrero que decía “vengan todos los que sufran por problemas del hambre, yo los restauraré”. Lilith revisa el menú en una mesa a la intemperie de *Les Deux Magots*, predestinado *restaurant* en el Boulevard St. Germain, precisamente donde Boris Vian y Sartre y Simone de Beauvoir se sentaron a tomar *Pernod* en los cincuenta. Para los seres de la noche como ella, el existencialismo no era una filosofía del sin sentido, sino una forma más grande que los venablos. Ella se viste para lograr el mismo efecto. El vestido satín azul, escote pronunciado, mascada de pregunta sonreída. Con mayor elegancia se sienta mirando la calle, cruza la pierna. Un simple vaso de Perrier *avec citroen* delante suyo. No *entrées*, sino la espera del plato fuerte.

El caballero lucía con la vacía cantina a cuestas, pero su alegría era cabal. Este comensal nota la presencia de Lilith y le invita una bebida mediante señas. Ella responde

que ya cuenta con una levantando su vaso de *Perrier*. El tipo insiste que tome otra bebida, otra clase de bebida, una más fuerte al paladar. Lilith responde con un “*No, gracias*”, soplado con los labios. De este modo, ella deja bien claro que no es una prostituta. Es la misma historia de toda ciudad grande siempre, la alegoría del agua ígnea.

Aunque sus palabras no fueron descifrables, el gruñido de su estómago, sí.

-¿*Have you had dinner?* – pregunta el hombre con inglés muy técnico.

Ella no responde inmediatamente, las bandejas hablaban primero. Ahora él se halla parado junto a su mesa.

-¿*May I sit down please?* – insiste.

Ella sigue sus movimientos con la vista, tomando asiento como un queso. Atrapado, sí, atrapado.

-¿*So, You're an american?* – pregunta Lilith, sabiendo de antemano que no.

-*Yes, from Los Angeles...¿You've been there?*

-*Yes, of course. I've been in America many times myself. I'm an art dealer.*

-¿*I drink to that!* - brinda el interlocutor, tomando la botella de *Perrier*.

Se intercala un largo silencio de dos minutos. Ambos intercambian sonrisas.

-*Hey, I must make a telephone call to book this appointment at Louvre's. ¿Would you care to walk with me to find one on the way?* – comenta Lilith.

-*I think that would be lovely* – responde el hombre con los brazos cruzados sin ceder.

Ella termina su vaso con aire genuflexo y se pone en pie lentamente. Azul satín, fiesta y trampa a la altura de los ojos. Atrapado, sí, atrapado.

Ambos caminan la Rue St. Benoît siendo las 2 a.m. Dos restaurantes se localizan al final de la calle y el gentil acompañante sugiere detenerse en alguno de ellos. Lilith hace

una encantadora negativa con la cabeza y contesta en italiano sin darse cuenta, *¿Por qué no caminamos un poco más?...Quisiera hallar un lugar más romántico*. El tipo no discute el argumento. Ambos toman la Rue Jacob para regresar a la Rue des Saints Pères, como si se tratara de caminar dando círculos. El obscuro Sena aparece delante del par de peatones.

-¿Podemos bajar al río?

-*Mamma mía, la Donna mangia quasi sempre pochissimo* –advierte el individuo, desconcertado.

Lilith se adelanta a bajar los escalones para acceder al Pont Royal y disfrutar de la vista de los *bateaux* o barcazas que navegan pausadamente por el río. Borracho de corchos, el hombre le tiende la mano, inseguro. Voces amigas inquietan el rumbo. Lejos, lejos.

-¡Bajo el puente!– Lilith tira de la corbata del acompañante y ríe.

Allí, bajo el puente, en la pupila de las sombras, se da el robo de ansias. Ella toma el rostro masculino entre sus dos manos y le permite coleccionar un pedacito de aliento. Ambos se besan por largo rato, mordiéndose los labios mutuamente en este negro secreto que se hace grande, palmo a palmo, pero ella gruñe, su pasión llega al clímax. Y ahora Lilith se quita la ropa, reemplazada por otra cosa.

El ser de la noche

Lilith, la legendaria reina de la noche y madre de los demonios. Jehová la creó del mismo barro que Adán, para que fuera su esposa, pero su alma fue malograda en el proceso y simplemente pudo dar nacimiento a espíritus malignos. Para enmendar su error, Jehová tomó un reemplazo sacando a Eva de un costado de Adán. Uncida la cábala, Lilith decidió propagar los demonios por el mundo.

Lilith es una mujer de incorruptible belleza, con un insaciable apetito por la sangre. Probablemente Lilith sea el vampiro primordial, dado que requiere de dicha proteína para

ovular el planetoide vindicativo. Una referencia medieval sobre Lilith se halla en el texto anónimo *El Alfabeto de Ben-Sira*, escrito en los siglos 8 y 11 de la era cristiana, donde Lilith es descrita como la primera esposa carnal rehusando asumir un papel sumiso durante el coito con Adán y dejándolo por una segunda naturaleza. El castigo por decantar la sangre inmunda ha pasado de un condenado a otro durante centurias.

El hombre mantenía la erección, aún cuando su cuello era desgarrado. Ahora ella termina de desnudar el cuerpo y lo arroja de espalda contra los escalones. Los colmillos avivan su completa metamorfosis, mientras lo monta. Las uñas provocando sus sombríos rasguños, hexagramas chinos en la piel. Los ruidos que van a deglutir la cacería en orgasmo. Repentinamente, un hipo. La plegaria del agua abre círculos concéntricos, fastidiosamente la brisa bosteza una hoja. Lilith ha cenado *alfresco*.

No, nada se compara a la comida casera...hasta probar un *Vichysoisse*.

París es un lugar reputado por sus recetas. Los cinco tiempos de Escoffier.

Y Lilith salió a cenar todas las noches.

A su parecer, había sido una buena semana de dieta. Un militar retirado de espeso bigote blanco en L'Etoile, disparando a las circulares aves del Arco del Triunfo. Una chica manicurista en Rue de Rivoli. Un estudiante sueco en L'École des Beaux-Arts. Un doble de Jean Paul Belmondo cerca del Hotel Ritz, vigilando lo que pasa por la Plaza Vendome. Un doble de Gabriel Fuster bañando a su *Doppelgänger* con *champagne* en el Lido. La tía y sobrina somalíes bajando como un compás de geometría de la Torre Eiffel. Siete días en París.

Era sábado de nueva cuenta. *Samedi*

Limpia de cuerpo, Lilith se sintió con ganas de ir a bailar. Uno de los casuales que pretendía matarla de colesterol le comentó que el lugar de moda era una *discothèque* llamada *Les Bains-Douches*, que se traduce como *Los baños de regadera*, porque originalmente fueron baños en el siglo diecinueve. Lilith se presenta en la pesada pared transparente del *boîte*. Una pareja detrás del vidrio escoge quién entra y quién no. Al igual que en New York, mientras más tiempo pasas afuera del club, más es el anhelo por entrar.

La mujer vistiendo *Versace* se fija en ella. El hombre con corte ralo la invita a pasar con el dedo. Lilith se sabe segura de su *sex-appeal*, luego no se preocupó por tener acceso ni por un momento. Ahora, alrededor suyo, todo el frenesí y el color y la carne firme de París se acomodaba como el jardín de las delicias.

Ella baila un poco, bebe un poco, sonrío un poco y espera.

No por mucho tiempo.

El muchacho viste una camiseta con la leyenda *Dangerous Liaisons*. *Chevalier X* no es el amigo americano sino un francés en sus jeans apretados y botas de motociclista, el pelo sobre los hombros. Extremadamente sensitiva al dióxido de carbono que exhala cada respiración, al igual que las distintas sustancias que se hallan en el sudor, Lilith sabe que éste es el elegido. El chico hace contacto visual.

Su nombre es Valentine. El es un excelente bailarín, felino. El momento que bailan juntos, él la toma por la cintura, tan cerca como un extraño tiene derecho a tenerla. Ella sonrío para indicarle que ya no son dos extraños. El sugiere continuar la fiesta en su departamento en Les Marais.

La pareja se dirige al otro lado del río, en la vieja sección, comenzando con las viejas porteras europeas bailando un *minuet*. El departamento está en un segundo piso, tercera ventana a la derecha. Adentro, él enciende un foco de bombilla en la sala y una

lámpara fluorescente en la cocina, ambas secciones las separan macetas de distintos tamaños. *Cannabis indica*, *Cannabis ruderalis*, *Cannabis sativa*. Los cuerpos tropiezan. Ella toma el rostro masculino entre sus manos como es su costumbre. El la detiene por las muñecas, sonrío y le dice, en francés que pudiera entender. *¿Tienes hambre?* Ella sonrío. Por supuesto, ella estaba hambrienta.

El joven pasa a la cocina y regresa con un plato de espárragos, zanahorias y mayonesa. El plato de espárragos, intacto, brilla como la luna en el Sena. Ambos se sientan en el suelo y conversan alrededor de las viandas. El lleva la mayor parte de platica, en un tono amable que no presentara problemas de traducción a su interlocutora. Lilith no entendía de todos modos, pero pasado un rato, no le importa más y simplemente lo deja hablar.

Aprovechando la pausa, Lilith se inclina sobre el muchacho y lo besa. El responde, deslizando una mano entre el cabello para tomarla de la nuca y retenerla en esa posición. Un *nouveau frisson* la atraviesa como espada. Ella abre los ojos y nota que el muchacho mira las sombras proyectadas contra la pared sobre su hombro. La desnudez de Dios, probablemente inadvertido que se ha desintegrado al volver a la tierra, el mismo cuerpo de Lilith transformándose en el ser de la noche. Rápido, cualquier movimiento siguiente tenía que ser rápido.

El cuello del muchacho es dilacerado.

La hemorragia salta al piso de la guillotina. La embestida de los borbotones saluda con el suero de la sangre vegetal, o pioverdín, o esos metabolitos secundarios responsables del pigmento amarillo verdoso en la savia de las plantas. Un metabolito primario es esencial para el normal desarrollo y la reproducción. Un metabolito secundario más bien

guarda una función ecológica. Por ejemplo, antibióticos y pigmentos. Un topetazo con la plancha de plomo y el derrame se vuelve tan pegajoso como el alquitrán.

Lilith observa la herida recién abierta sanar al instante.

Por primera vez, en su larga vida, entra en miedo.

-¿Te gustaría oír un poco de jazz? – pregunta el muchacho. Curiosamente, sus labios no se mueven al hablar.

Al instante, Lilith entiende porque su francés por períodos le resultaba comprensible. El se comunicaba de forma telepática todo el tiempo. Sin embargo, no devuelve una respuesta.

-Si no quieres oír música, probablemente quieras algo de comer – piensa en voz alta y levanta el plato a la altura del rostro.

-¿Quién eres tú?

-Valentine

-Quiero decir, ¿qué eres tú? ¿Otro espárrago?

-No precisamente –responde la voz dentro de su cabeza. –Soy un homúnculo, de diferente padre y madre que tú, pero igualmente inmortal.

El homúnculo, o pequeño hombre artificial producido mediante alquimia. Theophrastus Bombast von Hohenheim Paracelsus, o económicamente Paracelso, para atender a sus amigos y familiares y algunos trámites reales, probablemente fue el primero en crear uno. Paracelso demostró que el *limus terrae*, de donde el hombre fue creado en el edén, es en realidad un extracto de todas las cosas en existencia, por lo tanto crear una vida nueva mediante lodo no es un propósito divino. El existencialismo no pudo explicarlo mejor.

Valentine se deshace de su ropa y huele a fruta fresca.

Por lo que al género humano respecta, él estaba perfectamente creado, era un hombre con la buena ración de milagros y Lilith sentía responder a su desnudez.

Entonces, el acto de amor los convierte en una leyenda apócrifa. Lilith escucha a Valetine susurrarle al oído: *C'était un rendezvous*.

Y por primera vez en la vida, Lilith no comía *a la carte*.

MISTICA MADAME GUTALCA

Reproduzco el episodio que presencié. Fui preferido como invitado especial a la elegante tertulia de Los Alemán en la primavera del '98, donde Madame Gutralca llevó a cabo una demostración de sus excepcionales poderes. Yo recibí al heraldo con la carta en la que se engasta la invitación fina varias semanas previas al evento, pero no planeé atender al *RSVP* porque sabía que la intención detrás de las palabras era más ambiciosa: acercar a la esfera social a otra colecta de fondos en pro de otra causa desatada por otro programa de gobierno menor y cuya efectividad yo considere jodida de antemano. Aunque José Serrano llamó primero y trató de avergonzarme a partir de su primicia y luego que su estupidez no dio frutos, Carlos Slim llamó acto seguido y dijo que era mucho tiempo ya que no nos habíamos visto y que dejara de comportarme como un *snob* y nos encontráramos en la fiesta. Huelga decir que yo deseaba ver a Carlos de nuevo, así que saqué mi traje y corbata de su plástico protector de tintorería y asistí. El evento tenía lugar en la mansión de los Alemán Magnani, donde Miguelito y Christiane se esmeraron como espléndidos anfitriones disponiendo un magnífico buffet de estética cubista y mesas al aire libre por donde entraban y salían atareados servicios de *catering*. Las dos señoritas que guardan la entrada a la puerta de las percepciones, avaricia y prodigalidad, se han ido a tomar el fresco del brazo de Luis Miguel, mientras canta a ambas *Can't take my eyes off you*. El primer momento que bajo del taxi, un guardaespaldas me abre su escarcela. Yo me disculpo diciendo que antes de dar mi dinero, primero quiero saludar a mis amigos con una salva de billetes. Una mano desconocida golpea el tambor de la luna y anuncia mi presencia en el jardín. Yo me apuro a bajar los siete escalones de las miradas en traza incansable. El viento es un rumor errante, cuerpo sin cuerpo mezclando noche y *cocktails*, música y electricidad. Hallo la oportunidad

de arrinconar a Carlos Hank Rhon contra una docena de personas, quien se hallaba fanfarroneando sobre la posible apertura de casinos en Acapulco y Cancún. La concurrencia calla temprano, el show llega tarde. De pronto, Polo Polo y Jo jo Jorge Falcón intercambian turnos de chistes buscando arruinar mi mente. Quizás quede en estado vegetativo por sonreír obligado. Sin embargo, los cómicos unieron fuerzas y llevaron a cabo una rutina en tandem, que resultó ser la cosa más graciosa que haya escuchado desde que *Los Polivoces* immortalizaron la expresión “*¡Hijazo de mi vidaza!*”, en la película *¡Ahí Madre!*. Entonces viene un receso que Lupita Jones aprovecha para morir con los ojos abiertos y fue hasta ese instante que conocí a Madame Gutalca. La mujer parecía más bien la piñata de la ocasión. Baile de chispas en la mano. Un trapo en la cabeza con las mismas lentejuelas que el vestido en negro y morado, genuina moda mental. Sortijillas de oro en todos los dedos. Adivinadora y curandera como suscita la economía vudú, aunque sus servicios se incluyan de modo conceptual en la categoría de los merolicos. Ella medía un metro y pico y era triple jamona, el rostro cubierto con maquillaje óptimo para no lucir dormida ni despierta, que me provocaba recordar a cualquiera de las estrellas del cine mudo. Y tenía las manos más delgadas, más blancas y delicadas que haya visto nunca. Las uñas lucían pintadas en rojo dogmático, pues sus dedos funcionan como el aparato del color semejante que desprende *tickets* con un número ordinal para que los clientes hagan cola. Al momento es presentada en voz alta por el anfitrión. La reverberación de la nota pone en equilibrio los rincones totalmente copados de alta moda italiana: corbatas, camisas, zapatos, bolsos de Armani, Valentino, Versace, Fendi, Gucci, Prada, Ferragamo, Zegna, Ferrè. Madame Gutalca brinda unos pases mágicos. Muchos de los invitados piensan que hablar de la suerte trae la suerte. O que es preferible no saber, y otras veces, es mejor saber lo suficiente para no asustarte. Aunque luego te asustas igual, porque conocer el origen de una

superstición es como saber el truco que usa un centinela perdido en el desierto para burlar espejismos. La mujer ofrece revelar de la audiencia sus escocidos secretos. Nada grande, solo algo augural y tolerable por cada persona. Al principio nadie se atreve a preguntar, pero finalmente, una adorable joven al lado de Luis “matador” Hernández y que desea permanecer en el anonimato, se dirige a la pitonisa. Ella anuncia: “Mis periodos son muy dolorosos, ¿Hay algo que pueda usted hacer al respecto?”. Los asistentes se petrifican con la pregunta, algunos esquivan su brindis por vergüenza, pero cuando presto atención a quien formuló la demanda y miro que se trata de la misma soberana de carnaval con quien sostuve amoríos durante mis vacaciones en Huatulco ocho meses antes, yo sonreí. La niña es capaz de decir cualquier cosa. Aunque Madame Gutalca no consideraba fuera de lugar su achaque y enseguida realiza un trabajo de concentración. Ella acusa con los ojos cerrados: “Tu hermana tiene los mejores trabajos, pero la más próspera eres tú”. Después, tiempo después, le repite, siempre extendiendo los brazos hacia la joven. “Tu hermana tiene los hijos del matrimonio, pero tú eres la madona”. En ambos casos tenía razón, desde luego, pero qué manera tan rara de preferir. La principal amante suelta una exclamación de alivio y se encamina ligera hacia la casa, presumiblemente al baño. Nadie de los presentes dudaba que Madame Gutalca terminó por arreglar sus entrañas a modo de quitar el dolor. Otra vez se levanta sobre el vértigo de los peinados sucesivos. El tono seco, viejo, conmovedor del caballero reclama: “He soñado con Frida Kahlo. Yo estaba entre el público de un concurso televisivo a principios de los ochenta y un mago con bigote y acento francés me ponía unas gafas con las que veía al resto de la gente desnuda. Pero me he despertado con las gafas puestas, descubro que mi secretaria ha perdido gran parte de su vello púbico con la edad, y escucho constantemente las carcajadas de Frida por detrás”. Madame Gutalca mueve la cabeza de un lado a otro y hace una lenta imposición de manos. En el acto, cada folículo de

su cabeza calva empieza a brotar cabello y cae encima de la silla en que se halla sentado, convirtiéndolo en *Chia pet* instantáneo. Miguelito y Christiane encabezan los aplausos. Y hay más, mucho más. Madame Gotalca lleva a sus últimas consecuencias otra docena de milagros similares. Ya le otorga a una cantante un excelente trabajo de rinoplastia, abulta la cartera a otro. Cura a un mesero de cleptomanía. Devuelve al Obispo José Guadalupe su sentido de fe. Y preside la hilera de los satisfechos, los gordos, los lindos que desfilan sobre las aguas de la alberca, mientras va durando el acorde del merengue. Diablos, ella era sorprendente, era la alternancia en los *rankings*. *Crème de la crème*. Nunca se había visto algo parecido desde Fátima. La psíquica se hallaba a mitad de alegrar a los jueces, mientras termina una vasectomía a Gabriel Fuster, quien solo pidió que le secase el sudor de la cara, cuando un individuo con camiseta, shorts y chancas a la medida de las callosidades irrumpe en la escena. Y cuando Madame Gotalca ubica el hedonismo ovalado de su cara, entra en nervios. El tipo apaga su cigarro contra la fuente de ponche y la reprende: “¡Así que aquí es donde andabas, pinche golfa...¿Qué supones, que tengo bola de cristal para andarte buscando a cada rato?”. Madame Gotalca luce hiperventilada ante las últimas noticias y mueve las manos en forma negativa. El tipo ordena: “¡Mueve tu gordo trasero en este preciso momento, antes de que te rompa en dos el amuleto! ¡Ya tienes un chingo de quehaceres en tu casa, que primero andarle componiendo la vida a otros!”. Ofuscada, ahora luce dócil, arrugando su dolor y dejándolo caer a un lado. Y lo sigue con los pasos de una *geisha*. Ambos atraviesan la pared de gente, la cual se sacude ante el amor infinito de sus ojos. Y juntos se pierden ante la vista de todos. De hecho, jamás la volví a ver en otra reunión igual. Yo reproduzco el episodio que presencié y cada quien es responsable de lo que escribe. Pero, como ustedes saben, antes creía que lo mío era destino y aunque las líneas revelan sus testamentos en las palmas de las manos, ellas no explican la magia que

ejercen algunas mujeres sobre los hombres...y el hechizo que ejercen algunos hombres sobre las mujeres.

IN THE NAME OF LOVE

Finalmente, él supo que el mundo iba a llegar a su fin. El presentimiento creció con terrible pereza, pero la total certidumbre del acontecimiento a suceder. El suyo no era un talento perfecto pero, en cierto modo, el equivalente a poseer una gema con pequeñas imperfecciones. Su don era capaz de dar testimonio de un futuro improbable, pero difícilmente el suyo propio.

La vergüenza de la Cassandra.

Sin embargo, los signos giran y giran por encima de los hombros y van a su cabeza, breves, floridos, nuevos atentados al sueño del loco, vivos como los delirios que el vino traduce. Plácido universo celebrando la sorpresa del niño que a los diez años descubre como ajena su propia casa. Los vislumbres fueron puestos en una pieza y concluyó que el mundo llegaba a su fin. A partir de dos semanas. El jueves por la noche, pero antes era menester tocarle el culo a una mujer por vez primera.

Qué ejercicio más raro el adivinar el porvenir. Por años, Ramón Pérez planeó con los muchachos alguna vez hacerlo. Apenas unos cuantos recuerdan la promesa. En esta desventaja, él sabe que no sabe lo que pasó después (Gabriel Fuster no lo escribe aquí, por considerar una segunda versión del cuento). Los muchachos eligieron una vida. Ramón perdona, musita ciertos planes, pide disculpa, releva los crasos errores donde pone el corazón que usa a su manera. Vive con su madre, largo tiempo viuda, y el cadáver austero del padre rondando en la memoria. Por años, mantiene el trabajo de meteorólogo en el Centro de Previsión del Golfo, cumple el pronóstico del tiempo. Soleado o días con lluvia. La telaraña del silencio por silencio crece en la ventana. El hilo dicta que, sí está seco,

tenemos un espléndido día de sol. Si se mueve, seguro sopla el viento. Si se moja, seguro cae lluvia. Y si no se halla en su lugar, ciertamente está temblando. Por años, el telar de las costumbres pende de un hilo. En casa, el nudo en las rosas maniatadas igual resiste el peso de la fotografía en sepia de familia. Madre e hijo defienden la rutina y los relojes llevan la misma cadencia. La cuerda del estambre se rompe el día que mamá fallece. A partir de ese momento, Ramón llora en la azotea sin haber encontrado el desnudo de una mujer.

Ramón viene a percatarse que, seis años posteriores a la muerte de su madre, él puede vislumbrar el fin del mundo de cuando en cuando. No es una herencia, no es un amuleto, sino la antigua promesa que recuerda a los muchachos. Imagina a los hijos, felices por el arribo...“¡Ahí está papá! ¡Ya llega!”. Y de golpe, ven como se desintegra la nave en el aire.

-¿Cómo puede un hombre alcanzar los 44 años sin tener nada?

A falta de un taller para arreglar futuros, Ramón tenía nada. Nada de talento, nada de propósitos. Ninguna marca de su paso por el mundo. Como hombre en pleno goce de sus facultades, la idea de pagar a una mujer resulta conveniente a otras consideraciones. Escucha el consejo de alguien y dispone de todos sus ahorros, pues no queda mucho tiempo.

Todo sea en nombre del amor.

La mujer está quieta. Las largas piernas en posición cruzada. El escote revelador. La cabeza en extraño ángulo de espera. Ojos y cabellos rotundos como el acto de seducir

El tugurio es una gruta azul donde arden y brillan golfos mentales. La marea eléctrica lleva a Ramón a ocupar el asiento vacío junto a la dama.

-¿Me permites invitarte otra bebida?

Ella toma conocimiento de su presencia y su pregunta como hojear sin costo el directorio telefónico. Ramón atrae con señas al cantinero.

-Dame una coca. Y sírvele a la señorita otra ronda de lo que esté tomando.

La mujer levanta una ceja y ordena.

-Bacardi añejo, Hugo.

El cantinero da un guiño y pone la eternidad en un Cognac ingrávido. La mujer da las gracias y el sol en estado líquido circula por su voz.

Ramón destapa su refresco burbujeante en lata.

-Hago mi brindis con Coca-Cola, porque soy totalmente abstemio.

-Por mí puedes beber hasta orines si gustas, mientras pagues tu cuenta y la mía

Ella voltea y pierde la mirada en la iridiscencia floral del letrero luminoso. Ramón se disculpa.

-Hey, sólo fue un mal comentario. No soy tan elocuente al hablar con las mujeres, salvo mi madre que...

-No hagas caso.

-Yo...

-Mira, galán, ¿vamos directo al punto o qué?. Ya es tarde y ya estoy harta de los cacahuates, uno más y me sale trompa.

Confrontado de ese modo, Ramón queda aturdido. El quiere llorar. La fuerza de la vida y sus renovaciones no eran del modo que hubo imaginado. Tose dos veces y se agacha por la moneda de cambio.

-Dios mío, otro perdedor. Vaya suerte la mía.

Ella sorbe el resto de su bebida y se baja del taburete. La falda le cae a las rodillas, luego toma su bolso y se encamina a la puerta.

Nuevo pánico invade a Ramón. En su sano juicio, significa su última oportunidad y no basta pisar el mosaico para estar en la tierra. Ramón hace gambetas, realiza fintas en lo que apresura el paso a la salida, para tirar de la correa del bolso y detenerla.

-Señorita

-¡Hey!

-Ok, perdón...nunca supe su nombre

La mujer sigue el estruendo de los automóviles, percibe el ritmo *hip-hop* del corazón y prodiga el ancho de sus pechos a la muchedumbre.

-Moraima

-Moraima, quiero decirte que eres muy sexy...

-Ja, muy lindo....ok, son mil pesos, ¿tienes esa cantidad? ¡Hey, no tomo tarjetas de débito ni *American Express*!

Ramón hunde la mano en el pantalón y saca el fajo de billetes. Ochenta mil pesos en billetes de alta denominación, apenas el abanico de aire sucio. La vista del dinero acaba con la migraña del día.

-Wow, después de todo no eres un cretino sin destino como supuse.

La pareja se consigue un cuarto de motel. Ramón acerca la oreja a la puerta para ver si alguien se decidía salir, pero como no lo hacía nadie, ha llamado un par de veces. Moraima porta un cargamento de pólvora en el ombligo, vuela la perilla y pasa de largo la escena ridícula. Cualquiera supone que así empiezan las grandes historias de amor. La tele está encendida en el interior y la cama huele a comida. Ramón juega a perderse del otro en el baño, se desviste con previo aviso por ser la primera vez. En pocos minutos, se hace el viaje necesario por el constante galopar de la carne. Cuando terminan, él queda tirado en la cama como el príncipe del cuento, tibio y feliz. La mujer se levanta de su lugar, se envuelve

en la toalla y levanta los pétalos de lujuria por doquier en su camino a la ventana, para tomar los cigarros. El la sigue con la mirada, un nuevo sentimiento lo envuelve. Ramón ha conocido el amor, o algo parecido, aunque no tiene anhelos de explicar el instante.

-Toma mi cartera

-Como quieras, nene. – Moraima revisa la billetera que se rinde entreabierta -
¿Cuánto será mi propina por un trabajo bien hecho?

-Toma mi cartera...toda ella. No significa nada para mí

Moraima toca los billetes con reverencia, no pudiendo creer su suerte con tal idiota. Ramón cierra los ojos muy lentamente. La mujer queda con la tentación de convertir en abanico el manojo de papel que se incendia junto con sus manos. La ventana se vuelve cenizas. En el margen de una plegaria, el mundo exterior se vuelve rojo y candente. Y eso es todo.

EUTAN ASIA

China guarda muchos secretos. En la milenaria ruta del SO del país, en la región más elevada del mundo y escoltada con tendidos multicolores que mueve el clima riguroso cual diminutas banderas y que los viajeros conocen como *corceles del viento* por su semejanza de movimiento con las crines de un caballo, ya se ubica un monasterio, cortado por el sistema del Himalaya, y donde un grupo de monjes veneran al último Tunkou'er. El animal celestial de las grandes fauces. Se trata de un ser de terrible presencia. Las mandíbulas son prontas a cerrarse de golpe sobre los demonios y otras presas que se atreven a invadir su capital derrocada. Las hileras de colmillos parten la roca en dos. Los nativos diseñan máscaras del ser para asir a la tierra un solar gruñido de estulticia que los convierte en espíritus ansiosos, desnudos, contrahechos y mortecinos. Los monjes lamas son los más sagrados de los hombres. Ellos han tratado de aparearlo con la tierra madre para preservar la rara especie en el decurso de las eras imaginarias. Ellos lo unieron con un cerdo que produjo algo que no pudo ni volar ni ver. También lo unieron con el Yeti pero el vástago nació muerto y no se corrompía. Lo unieron con cisnes, con yaks y con zorras. En toda ocasión, la prole no fue lo esperado y los resultados de esa unión fueron encerrados en jaulas de oro. Gabriel Fuster rectifica su Urdu, pero se mantiene ilegible lo superpuesto al margen en su libreta refiriéndose a Marco Polo y la llave entregada. Finalmente, lo juntaron con una mujer virgen, robada de una villa cercana. La moza murió en el parto, pero el hijo vivió con verdor transitorio hasta desarrollar progeria. Los monjes budistas debían cambiar tres veces al día la piel de lana en la cuna, debido al orín manador. En términos simbólicos, los monjes esperan encontrar la pareja idónea para el Tunkou'er antes que sucedan otros mil años. En los resguardos de un invierno milenario, establecen conexiones con lo

imposible. El zen dicta sostener el plato de cobre. Ellos no saben lo que el monstruo piensa, lo que ciertamente quiere. El pasmoso Tunkou'er quiere estar muerto.

PUNTO JONBAR

15 metros sobre el nivel del mar Atlántico, próximo a la barandilla de estribor del *Potrero del Llano*, una puerta se abre en la transparencia del horizonte. Cierta neblina ambarina escurre de la puerta interdimensional y un hombre vestido con pijama baja a cubierta del buque petrolero mexicano.

Justo antes de cruzar la línea temporal, Gabriel Fuster ya se quejaba: *¿Por qué yo?* Eran las 7:02 a.m. del 14 de Mayo de 1942. El *Potrero del Llano*, anteriormente el *Lucifero* bajo la bandera italiana, renombrado así porque el Gobierno Mexicano lo había confiscado redondeando rúbricas un año antes, navegaba a velocidad crucero sobre aguas neutrales.

Quince minutos más tarde, el navío sería torpedeado y hundido con su tripulación de 35 hombres más uno. El polizonte ya sincroniza su reloj histórico. La Segunda Guerra Mundial alcanzó al continente americano debido al sorpresivo ataque a Pearl Harbor el 6 de Diciembre de 1941, con gran oportunidad el pulpo apresa el ancla el día 8 de Diciembre y esta nave cambia sus colores en adelante. A mar revuelto, ganancia de pescadores. Se verifica la horrible bifurcación de la mañana, escogiendo entre dos olas, Neptuno con su desayuno contornea el sexo dormilón del alcastraz. La misión de Gabriel Fuster, a bordo, es confirmar que el hundimiento no fue un acto de resentimiento de las fuerzas fascistas italianas.

-¿Hay alguna posibilidad que dos más dos nunca sean cuatro?– pregunta el alférez.

La ecuación de Bernoulli escogió a estos hombres.

Cuestión de dimensiones agregadas a la evaluación de riesgo. Por ejemplo, el lábaro nacional pintado en el casco, utiliza el mismo orden fatal de colores que la enseña italiana,

salvo el escudo al centro. La omisión de este distintivo, traería como consecuencia la confusión de la nacionalidad.

La idea es arreglar el mundo según el proceso de los secretos.

-¡Puntual! – Fuster exclama y termina de leer el conteo regresivo en su reloj.

Un amenazador periscopio surge de la superficie del mar.

-¡Muévanse aprisa! – ordena el corneta, pero la marinería se queda quieta.

El U-564, al mando de Reinhard Suhren, dispara dos cargas contra el buque tanque de 4,000 toneladas. Gabriel Fuster toma las riendas del caballo del mar por la proa. Los torpedos fallan su objetivo. Ahora Estados Unidos modificará la paridad con su moneda para que el Presidente Manuel Ávila Camacho aprenda la lección del alto costo de la diplomacia, entonces es el regreso a los gobiernos que delegan la necesaria producción de patriotismo en los campeonatos de fútbol o en las olimpiadas. El *Oberstgruppenfuhrer* pega una rabieta y ordena a tripulación dar la media vuelta a casa.

-¡Misión cumplida! ¡Y nada me detendrá de comerme un buen *mignon* de regreso a la base!

En ese momento, todavía impulsada a veintidós nudos, la puerta se cierra con Gabriel Fuster bostezando.

La flecha del tiempo es un pez. De los antiguos, la infinitud de las playas.

Pero el futuro se volverá a reajustar, porque, disfrazados como los submarinos del eje, otros viajeros repetirán la catástrofe con *El Faja de Oro*.

PRINCIPE MYSHKIN CON DOBLE TORTILLA, NADA DE CHILE

Es por el respeto a la larga tradición de la tortilla, que es su componente básico, el por qué el taco se come de pie. Tacos de maciza, costilla, cuerito, hígado, nana, surtido, etcétera. Habrá que hacer el museo, aunque hay quien confunde el plural de *tacos*, refiriéndose a los zapatos de fútbol, los palos de billar o los actos de elegancia afectada. Los tacos son un bocado nacional y no se trata simplemente que *Tacos Tomás* tenga la mayor demanda de consumo en el mundo civilizado, gente rodeando el carro pequeño, tipo cajón abierto en que se representan los autos sacramentales del día del Corpus, esperando turno o no esperando nada, sino que su dueño es uno de los mejores conversadores sobre literatura rusa que se pueden encontrar.

Los puestos son cajas que corren sobre rueditas, lo cual evita la fricción que acaso levante las moscas de los fiambres. Basta con abrirlas para que, como las cajas de música, suenen. Tampoco cuesta trabajo imaginar las alcantarillas musicalizadas por Stravinsky. Este doble incentivo explica por qué es obligado regresar a estos comedores ambulantes donde se discuten temas que son del interés de todos, pero especialmente detenerse en el puesto de carnitas que podemos ver en la Avenida Colón, para comer una docena de tacos y platicar con Tomás, que sabe todo lo que se puede saber acerca de Chejov y Gorki y Tolstoi, pero especialmente del fabuloso Fyodor.

-Dime, si tuvieras la oportunidad de platicar con alguien famoso, vivo o muerto, ¿a quién escogerías, preciosa? –pregunta Tomás a la beldad que tiene a la vista.

-Al vivo, por supuesto – responde la muchacha, con el pinchazo de la boca llena.

-¡Otros seis de maciza, sin cilantro y cebolla, por favor! – chillaba otra dama, oculta en la panoplia de platos de plástico.

-No es toda culpa del hombre que fuera tan vil con las mujeres – voltea a mi persona, para reanudar nuestra discusión colegial – Dostoyevski fue un hombre lastimado por sus pasiones. La primera y más dañina de ellas, su lamentable amor por Paulina Suslova. Y la segunda, su obsesión por el juego.

-¿Ves cómo eres, mano? – acuso por encima de lo inaudible – Tú juzgas igual que los demás. Listos siempre a condenar a un genio simplemente porque éste resultó un mentiroso, un vividor, un jugador obsesivo que pedía dinero a cuantos lo consideraban un amigo y nunca les pagaba un centavo de vuelta. Un hombre que abandonó a su mujer y sus hijos. Un epiléptico que apenas escribió una docena de trabajos considerados entre los más grandes manuscritos de ficción que el mundo pudiera conocer. Y si acaso maltrataba a las mujeres, era solamente otra manifestación de su atormentado espíritu y, por favor, dame otros tres de costilla, sin chile y doble tortilla...

Tomás afila el largo cuchillo con la elegancia de un violinista y parte en dos el hígado.

En la tabla de justo equilibrio, igualmente existen mujeres que parten el corazón a la mitad, pero son seres metafísicos, inescrutables. De quienes no es posible saber su lugar de origen ni su verdadero nombre, sino hasta que el daño está hecho.

-¡Ja! – exclama Tomás, repartiendo los platos. – La verdad llana y simple es que todos los hombres en Dostoevsky maltratan a las mujeres. Cada personaje mayor, cada carácter menor, cada fuerza motriz, cada icono en su literatura invalida tu posición. Vamos, nómbrame una excepción de substancia...

Termino de deglutir mi bocado. Doy un sorbo a mi Coca-cola y, paladeándome los dientes, respondo con un susurro: *Myshkin*.

Tomás se queda petrificado. Limpia, nervioso, sus manos como abanicos en el mandil.

-Sí, claro...Myshkin, el Príncipe idiota. Sí, él trataba a las mujeres decentemente...;Pero él era un idiota!

En la distancia, Gabriel Fuster intenta arrollar a su novia en turno. Aun así, da la impresión de que es su automóvil plateado que saldrá volando y habrá de concluir su viaje debajo de los pies de algún curioso. De ahí que el testigo, o quién esté esperando su platillo, se mantenga dispuesto a dar un brinco atrás, o a un lado, por si ve la luna frágil describir de igual manera una parábola en el aire y venir encima.

-Algunos hombres son demasiado buenos con las mujeres – comenta Tomás, tras la escena.

Me quedo pensativo un momento. Antes de responder algo preciso, el comensal al lado se involucra en la conversación y dice:

-Ok, escuchen esto. La primera chica que me enamoré, Nina, tenía dieciséis años y yo diecisiete. Ambos vivíamos en la misma calle del centro. Su padre era el dueño de la carnicería de la esquina. Gran cosa. Mi familia no tenía la solvencia para comer *T-bone* todos los días. Ella se encaprichó con mi amor, así que nos fugamos. Tomamos juntos la ruta a la frontera con Texas, caminado, pidiendo *aventones*, infiltrándonos de polizontes, viviendo la vida en pareja dentro de los vagones del tren, entonces ella pescó una neumonía antes de alcanzar nuestro destino y murió en una cama de la Cruz Roja en Linares, Nuevo León.

Me vi impotente, devastado.

Lo siguiente que supe fue que había cruzado el río Bravo como ilegal. Allí me enlisté en la marina como pinche de cocina. En otra pinche maniobra, terminé embarcado

para Bangkok. En una tienda de masajes conozco a Katsumi. No abundo en preguntas. Quizás su nombre verdadero era Sun Tung Sin. O quizás era la exótica Orange Blossom, movilizándose en un tuk-tuk, unidad de sexoservicio. Me doy cuenta que le agrado más de la cuenta. Ok, esto es miscegenación, pero que diablos, ella era dulce y atenta. Me hace olvidar el duelo. Yo la trato bien, ella me da dos hijos. Todo es una película de festival hasta que caminamos las calles circundantes de Khao San Road, buscando vender bisutería para ayudar a la economía familiar, cuando sucede un incendio en la venta de comidas especiadas y se extiende al resto del mercado. Esta muchacha dulce, probablemente llamada Orange Blossom, o mamá, por mis hijos, es aventada de un golpe de mano abierta en la multitud corriendo y lo siguiente que supe es que mi familia yacía sin vida en un charco de agua y ceniza, mientras las llamas consumían Kao San Road.

Me vi mutilado, consumido. No pude hacer otra cosa que llorar, hincado.

Entonces despierto en un hospital. Dos representantes de la embajada de México vigilan mi recuperación al pie de la cama. Soy deportado a las 72 horas. En el vuelo MX-059 conozco a esta atractiva azafata, Cloé. Ella me reubica en primera clase, me ofrece cerveza Corona. Ojalá nos volvamos a ver en México, ella dice. ¿Estoy en el cielo?, yo pregunto. Ella sonrío inteligente, el amor es algo así como un batir de alas. Y el enamorado se confía, cree que se ha apropiado de la voluntad para volar y se arroja al vacío. Más, en un cuarto del Hotel Regis, ella lo enseña a ser capaz de hacer el amor como los colibríes abreven de las flores, suspendida en el aire. De pronto sube una mujer alada al metro o al micro y causa revuelo. Nadie se habría imaginado que iba a subirse mujer semejante. Ni siquiera en su asiento se puede estar en paz, porque las alas molestan, despeinan, empujan. La mujer pide disculpas, asegura que en cosas de minutos llegará a su destino, donde se apeará definitivamente. La puerta se cierra y su pie queda atrapado, luego su cuerpo es

arrastrado cuadra y media antes que el chofer se dé cuenta que los golpes no son de una ponchadura, sino la cabeza rebotando en el pavimento.

Simplemente recojo las plumas sobre el pavimento en el día de nuestra despedida.

Reconozco que no debo involucrarme con una mujer más, especialmente mayor que yo. Asia Carrera tenía 48 cuando fuimos amigos. Está bien, lo admito, se trataba de un absurdo zodiacal, pero yo estaba decapitado, quiero decir, no tenía cabeza para pensar, pero he aquí el daño especial, aquí el final de las largas caminatas de mi brazo, las muestras de cine italiano, la comida cantonesa, las abiertas y francas discusiones sobre la infidelidad o el canal de panamá, cuando una horda de policías la espera para responder por pequeños actos de desobediencia civil. Quizás le gana el fastidio de quedar desposada. La veo besar el cañón de la pistola y quedar esposada, entonces el camino hasta el reclusorio me pareció muy largo. Me veo participando con grupos de *swingers*. En rápida sucesión conozco a Bárbara, que adquiere un herpes y rehusa a seguirme viendo porque acusa que va ser una inválida por el resto de su vida. A Erica, Victoria y Rubí, las mujeres tristes, quienes invariablemente terminan en destructivas relaciones con otros hombres casados. Y finalmente a Carmen Luvana, derrumbada en casa de su madre, desamparadas ambas, registrando los cajones en busca de recuerdos, de pólizas que ofrecen una segunda oportunidad. La gente de la aseguradora no percibe el origen de esta carencia entre los fantasmas. Me confieso un fetichista empedernido, luego acepto la mala costumbre de quedarme con los objetos que son de otros. Yo adquiero las deudas de la casa, aunque madre e hija no vuelven a cruzar palabra. Carmen tiene la mirada tensa. La muchacha nunca salió del coma. Los doctores retocaron su radiografía con letras pequeñas por dos meses, pero antes yo me escurro en el hospital y desconecto el enchufe que la tiene con vida. La vida no siempre se reduce a guardar lo que quede.

Y eso es todo. Ahora, ¿qué piensa de mí?

El tipo se me queda mirando. Yo devuelvo el reconocimiento del cegato.

-Exacto, trata de encontrar un poco de compasión entre extraños – rezonga y se retira a pie, cruza a la calle Alaminos, dobla la esquina y desaparece.

Me quedo distraído viendo su partida.

-¿Qué fue todo eso? – Tomás exclama y disipa los vapores de mi cavilación.

-Tienes razón, Tommy. Algunos hombres no saben tratar a las mujeres...

Tomás asiente con satisfacción y me extiende un nuevo plato de costillas, persignándolo con dos pizas de sal, sin chile ni cebolla.

MONOLITO

Originalidad es volver al origen. Cuando el escultor despertó, lo primero que percibió fue la luz de viejos equinoccios besada por todos los menhires. Pasan veinte minutos y endereza la cabeza quejumbrosamente, el peso boca abajo entregado a la confusión de ripios y polvo fino emplastándole los labios. Dicen que algún día nuestros cuerpos nos serán lejanos, pero ahora se trata de este bloque que extiende un mundo paranoico, pues no es posible recordar la ocasión de haber comprado una cantera de tal volumen y unido de nuevo las imágenes con el espacio que se contrae, ¿De dónde vino esa mole de bordes precisos? El otorgamiento es la medida del alto y del ancho y entonces levanta la gran caja de aire que lo oprime impulsado de ambos brazos, apoyado con las rodillas, pero el esfuerzo lo vence en su costado. Los ojos se levantan siguiendo la cúspide, aparentemente infinita, y cuando mira la mole en su completa magnitud, vuelve a perder el equilibrio como se saluda estupefacto a las montañas. El monolito es un perfecto paralelepípedo de uno por cuatro por nueve. No tenía recuerdo de cómo y cuándo o por qué, pero era su trabajo. Eso ni duda. El dolor en sus muñecas se lo indicaba, el dolor tallando la misma piedra, corrigiendo el mismo canto todas las noches. Esta era la vida de Pedro, cincelando el mármol más poderoso y en la obscuridad refulgiendo los golpes sobre la piedra, como lejanas y fugaces estrellas. Ahora Pedro, la piedra, se ha separado siete veces, en siete pedazos. No es tan complicado de explicar cuando se recurre a la lógica de los sueños. Su alma dormitaba oscilando entre frío y caliente dentro del basamento de su templo, pero su carne se fragmentó en siete modos y resultando siete levantamientos, replegados como la traza semejante de aves circulares del destierro, todos la misma noche. Roto el sueño de la sucesión numérica igualado con el místico siete, las siete fundaciones fijan su incandescencia como las siete piedras del poder.

Por eso aquí y allí, los excavadores de la identidad saben que la piedra sirve para construir o destruir.

Pedro invoca las siete piedras del poder.

Las Tablas de la Ley, escritas por el dedo de Dios y entregadas a Moisés para ser puestas a buen resguardo dentro del Arca de la Alianza.

El Amida de Diabutsu, o el Buda de las infinitas cualidades meritorias, dentro del templo devastado por el terremoto de Kyobe, en el Japón de los seis elementos taoístas.

La Hajar al-Aswad, o la piedra negra, el gran símbolo religioso del Islam, mantenida en una sola pieza por hilo de plata y venerada en el santuario de Ka'bah, la sagrada mezquita en La Meca.

La piedra de Blarney, en Irlanda, que confiere el poder de la elocuencia a aquel que la besa.

La gran Piedra del Sol, pieza del calendario azteca que fijaba los ciclos de siembra y de guerra.

La Piedra del Destino, también conocida con nombres distintos como la almohadilla de Jacob, la Piedra de la Coronación, la Piedra de Scone y que le se ubica todavía con las enredaderas del verano en el castillo de Edimburgo para los mejores días de la monarquía inglesa.

La roca Ayers, una larga formación mineral en las entrañas de Australia que los nativos consideran el remarcable guijarro que cayó del cielo.

Siete piedras.

Como se deben haber reído los Atlantes ante una era de temblores. Ahora Gabriel Fuster se halla programando el resurgimiento del continente perdido del fondo del mar. La última gaveta de los manifiestos se abre por un loco y no hay nadie que pueda hacer algo

para evitarlo. No todo es Oricalko. El enigma absorbe lento a nuestro escultor cuando brincan sus lascas por doquier, los fragmentos oscuros que cruzaron un océano y pasaron de los tesoros escondidos de los cosacos de Zaporizhia a los cofres de las mujeres de la nobleza de Europa del Este, a las dotes de las *demimondaines* que pintaba Manet y los impresionistas, a las talegas de gamuza entre los vicarios de la Iglesia Anglicana, a los bolsillos de las chaquetas del Nuevo Mundo. Cada piedra se hizo famosa. Sus nombres son leyendas. El diamante Koh-i-noor, que los persas dieron en llamar la montaña de luz. La piedra filosofal que cegó a los alquimistas y permuta el plomo en oro. El talismán de Suleiman, el Magnífico. La inscripción de Behistun, que sirve a la escritura cuneiforme como a la escritura jeroglífica sirve la piedra Rossetta. Finalmente, la simple piedra que tallada contra otra, permitió al hombre apropiarse del fuego.

Pedro vomita lava en el trance.

Hombres anónimos se escuchan cantar en el nacimiento de la noche. Una mantra tropieza la cabeza contra un dolmen. Dos toros purificados son traídos al sitio y el aire se organiza en conjuro al degollar a los animales. Luego sigue el becerro procesional, cuya sangre es vertida en una jofaina y las entrañas interpretadas por las vírgenes. Un cuerpo resucita y dicta en la niebla, entonces los hombres anónimos, cuyo ritual llama la última edad de bronce, retiran sus máscaras, pieles y amuletos de animales sólo existentes en pesadillas. La luna aprecia su altura ante la esbelta hoguera meridional y los hombres van caminando al centro del círculo mágico en Stonehenge, levantando los brazos, continuando el cántico.

El sumo sacerdote, envuelto en tafetán blanco, incorpora la copa ceremonial al furor de las hachas para que un dios dorado ocupe su lugar. Sus facetas terminan en el ojo de la calcinación, un ojo colosal como una roca que ve de nuevo y reconoce su desnudez.

En la piedra de los embalsamamientos, la cabeza de la niña es volteada en dirección al humo y la invocación columnal hace escarbar el amianto de un eclipse. Los hombres anónimos tiemblan, dan un paso, retroceden, mascan el vuelo de la ceniza por amor a algo innombrable que regresa del principio de los tiempos. Y sucede el terremoto. Las piedras componen otra formación que alimenta el cuerpo masivo, enorme, creciendo de la tierra, de un coloso. Titán levantándose por encima de los suplicantes mortales en un aumento de silencio. Los cantos lo llamaron. Los bailes lo llamaron. Los mitos lo hicieron real. La cabeza del ser ciclópeo busca las nubes nocturnas, como si pudiera ver las estrellas detrás de ellas. El cielo es el presentimiento de una voz que reclama: *Sueño, sueño*. Ellos escuchan el relámpago que resbala por su boca y al fin calla. Se trata de la voz de quien sueña la escena. La idea fija que sucede dentro de la cabeza de Pedro, escultor de la piedra, pensando que el hombre es el momento en que la tierra duda de ser tierra. El ser en pie, inhumano rigor y geometría, se inclina y extiende una mano en pos del sumo sacerdote. El druida teme levantar la vista, pero sus plegarias son para elevarse a sí mismo a una posición de poder. El dedo lo toca y un incendio azul consume el cuerpo en un instante. El lamento del hombre es un evento terrible. El coloso ocurre en desmembramiento acorde con la orden toscana y las rocas vuelven a ser rocas nuevamente en las negras simas del tiempo. Stonehenge solidificado más una pieza nueva, el ara, el trozo de mármol azul hincado en el mundo por la cólera de la geología.

Pedro vomita sangre. Y mientras, en acoso, en abrazo, en sitio, la imaginación siempre atónita, con ojeras y párpados de asombro, ardiendo por la fuerza volcánica de la sangre, hace la página de piedra; signos carbonos, caracteres bárbaros en llamas, una estela con la

conversación interminable del universo, aferrándose ansiosa, imperecedera, en lo que deseáramos eterno por encima de la agonía. La lápida del notable.

NUESTRA CASA EN LA CUADRA DIMENSION

Los arquitectos no soportan que los escombros del coloquio hagan tractores.

-¿Qué es una casa? – pregunta el arquitecto Rafael Tejeda a su cliente y amigo.

-Bueno – Manuel Mejía responde con cautela– hablando en términos prácticos, una casa es un invento que sirve para guarecernos de la lluvia.

-Mierda, eres tan práctico como un préstamo del Fondo Nacional para la Vivienda

-Nunca dije que mi definición estuviera completa

-¿Completa? Ni siquiera apunta a la dirección correcta. Con ese punto de vista, no habríamos dejado las cuevas todavía.

-Supongo que dentro de la arquitectura hay un espacio para los temas sobre la transformación, la geomorfología, la función estructural. Digo, de cuevas pasamos a los pasteles de tres pisos.

-*Venustas, firmitas et utilitas*

-Belleza, firmeza y utilidad....Marcus Vitruvius Pollio, Siglo 1. Y dime, ¿qué han conseguido Oscar Niemeyer o I. M. Pei o Frank Lloyd Wright a partir de entonces? ¿Le Corbusier?

-Le Comisiones, perdón, matemáticas financieras. O ¿es la geometría estática de Euclides las únicas formas al servicio del proyecto arquitectónico?

-Bueno, la geometría no euclidiana simplemente atraviesa la pared y desaparece. La *Gestalt*, el *Bauhaus*, juntos reinventaron la puerta al caso.

-Manolo, creo que le has atinado a algo. Imagina la infinita riqueza de dislates en cuatro dimensiones. ¡Qué casa, qué casa!

Psiquis sopla la frente de Rafael. Manuel queda suspenso con la mirada vacía.

-No seas absurdo...¿Cuatro dimensiones? El tiempo es la cuarta dimensión, según la relatividad. Tú no le puedes poner ladrillos a eso.

-Sí, sí, el tiempo es la cuarta dimensión. También lo es la hipoteca, pero no estoy pensando por la paciencia de las estaciones. Diablos, por economía de material, tú puedes concebir una casa de ocho habitaciones ocupando el mismo terreno de una casa de una habitación. Como luce un tesseracto. Caramba, merezco el premio Nacional de Bellas Artes.

-La casa de la mirada

-Te mostraré

Rafael abre un cajón y saca una caja de palillos, en realidad un puñado de líneas de madera. Las cosas, si no se nombran, se ocultan dentro del cajón y se quedan intactas. Enseguida endurece la bola de plastilina en la luz polvorienta del restirador y arregla dos juntas de masa en cada palillo, sin ver atrás ni al frente, a formar una figura unívoca de vértices conectados.

-Un cuadro, un cuadrado –comenta Manuel.

-Obviamente, hermano. Ahora, armamos otra figura semejante, luego unimos ambas con cuatro palillos perpendiculares y ¡Voila! tenemos un cubo.

Manuel puede sentir la escuadra de los palillos crepitar entre los dedos y enseguida perderla en el siguiente nivel. Largo, ancho y altura y nodo por nodo. El mismo objeto dibujado en el papel albanene resulta una incrustación de los ángulos rectos entre ángulos agudos y obtusos de una longitud igual. Este es el costo que hay que pagar por perder una dimensión en la proyección geométrica: no derecha izquierda, no arriba abajo, no frente atrás sino simultáneamente todos los ángulos rectos en todas estas direcciones. Ningún dibujante puede decir qué dirección es ésta, pero es posible deducir que existe. En este

caso, Rafael ha generado un hipercubo cuadridimensional de palillos y plastilina, o mejor llamado tesseracto.

-Un tesseracto, Manuel

-A mí me parece la cuna del diablo

-Ok, el hijo de puta se parece a dos cubos anidados, pero en el tesseracto de cuatro dimensiones todas las líneas tendrán longitud igual y todos los ángulos serán ángulos rectos.

-¿Dos cubos anidados? Yo nada más veo uno.

-Usa tu imaginación, hombre. Salvador Dalí pintó, en 1954, el cuadro titulado Crucifixión, o Corpus Hipercubus, donde muestra a un Cristo montado en una red singular del hipercubo. El cuadro se exhibe en el Museo Metropolitano de Nueva York.

-Quizás sea perspectiva para ti, pero yo lo veo enteramente chueco

-Diseñar la casa es tarea de desdoblar la malla que proclama al hipercubo en un espacio tridimensional. Por ejemplo, una primera habitación al nivel del suelo destinada para garage. Siguen seis secciones sobrepuestas en el siguiente piso: sala, comedor, cocina, recámara principal, baño y cuarto de visitas. Y encima del conjunto habitacional, completamente cerrado y un anillo de ventanas en las cuatro paredes, tu estudio. Allí, ¿qué te parece?

Manuel repasa la proyección sobre los planos que no acaban de escribirse. El dibujo repite el esquema del cubo de Metatrón, el diseño sagrado que esconde los cinco sólidos platónicos. El ojo se anula en la intersección de la regla T.

-Parece que el baño cuelga del techo de la sala

-Sólo en perspectiva, sólo en perspectiva

-Estás loco, no se puede construir una casa así. Espera un momento, ¿no supones que ésta sea la casa que te estoy pagando?.

-¿Por qué no? Tu esposa quiere una casa moderna

-En su cabeza existe una casa con jardín al frente.

-Es una idea que se le metió...las mujeres no saben realmente lo que quieren de la moda

-Diana, sí

-Con esta casa, ella va ser el tema de platica entre sus amigas

-Bien, platica tú con ella

-Dale una sorpresa

-No sé...además, quiero cambiar el auto el próximo año.

-Hey, ¿quién lleva los pantalones en esa casa?

Manuel firma el cheque, custodiado de un escocés.

Las cosas se resuelven a la intemperie en provincia. Palmaria justicia social y menos trámites burocráticos, menos permisos, menos multas, menos sellos, menos babel y laberinto. Las casa ordinarias usualmente terminan de construirse al segundo mes. Los albañiles del arquitecto Tejeda erigen la vivienda imposible en cuestión de días. La visión del arquitecto encuentra pequeños contratiempos durante el proceso cuando los inspectores del INAH muestran inconformidad con la transversal del segundo piso en la forma de cruz. Nada que la quinta columna no apunte y un poco de dinero no haga el comentario de ingeniería convincente.

-¿Esta es la casa? –pregunta Diana

-¡Y vaya casa! ¡Es la sorpresa que te deparaba tu marido! ¡Espera a verla por dentro!

-¿Qué estilo es?

-Uno muy moderno, uno que es profecía, mito, historia, historieta, adivinanza. Estilo que no le pide nada a la casa dymaxion de Buckminster Fuller, pero necesita ser habitada para ser apreciada.

Rafael retira el letrero de venta. Diana abre la puerta y todos caminan hacia dentro de sí mismos. En el interior del inmueble no hay nadie ni hay nada que ver, salvo el equilibrista vendado que camina la cuerda floja de una sonrisa. Obviamente, esos visitantes pensaron que dentro de un chiste estaban emparedados.

-¿Dónde está el resto de la casa? – exclama Diana

-Fija en la mudanza. Vayamos arriba

-¿Cómo?

Los espacios fluyen y se despeñan en una escalera de vidrio y agua. Rafael invita a la pareja a subir los trece escalones rectificados. Los nuevos inquilinos ascienden tomados de la mano para quedar detenidos en la misma habitación por la que entraron. Enseguida bajan los mismos escalones para ponerle remedio a la curiosidad. El resultado es el mismo siempre. De todos modos, no estaría de más investigar a fondo el movimiento de los brazos mientras se sube o se baja.

-¡Que falta nos hace Escher! Cuándo menos sus instrucciones, ¿no les parece?

-¡Hemos sido robados, mi amor!

-¡Sí, mi vida!

-Calma, tomemos los escalones intermedios

De vuelta en el cuarto escalón, todo se halla en perfecto orden. Delante de ellos, repartidos en una espiral de claridades, se aprecian los espacios faltantes: cocina, comedor, sala y las dos recámaras. Los pisos toman el paso inconfundible de la marcha nupcial como son los criterios del diseño en las casas de tamaño miniatura que juegan las niñas. Algunos las llaman casas de muñecas.

-Debo reconocer que esto es encantador

-Entonces tenemos un trato

Rafael no termina de pronunciar sus palabras, cuando sucede la sacudida. Los franceses volvían a realizar una prueba nuclear en su atolón favorito. Las ondas de choque desencadenan terremotos y tsunamis en el resto del mundo. El movimiento cesó y el cuarto se convirtió en la azotea.

-¿Qué sucedió?

-¡Oh no, afuera es adentro, caminamos por donde nunca hemos estado!

-¿Qué diablos habla tu amigo, Manuel?

-¡Esta es una vindicación de mis teorías! ¡La casa es un verdadero tesseracto! ¡Fue el terremoto!

-Debería ser una casa segura. ¿Estamos hablando de vicios ocultos?

-No, no, desde el punto de vista teórico, yo construí una casa, ese femenino suave, de dulce fonética, en el cuerpo de un tesseracto desdoblado. Este universo, perfectamente estable en cuatro dimensiones, no lo era en tres dimensiones. El terremoto lo devolvió a su forma original.

-Ok, ¿dónde está la casa?

-Se ha ido.

-OK, nosotros también. Vámonos, Querida.

Los esposos buscan su auto. El desorden y la simetría, el accidente y las duplicaciones, los desorienta por un instante. Un automóvil se acerca por el camino sin nombre. Gabriel Fuster baja la ventanilla al pasar al lado de los peatones que le hacen señales con el pañuelo.

-Hey, amigo, ¿nos puede ayudar? Estamos perdidos

-No hay problema, ¿a dónde los llevó?

-Al Boulevard

-¿Boulevard? ¿Y dónde creen que están?

-En Veracruz.

-Se equivocan, ustedes están en Mallorca.

Y dicho esto, el espejo retrovisor esconde el mundo comprimido de los añicos.

LA CAJA DE PAN DURO

Love is a heartbreaker...

Elvis Presley

Para el tiempo que cumplió 25 años, Rubén Montiel había leído todo lo que se podía encontrar acerca del arcano tema del amor. El debió leer a Virgilio y Rabelais, Ovidio y Chuang Tzu, hojear el *Simposium* de Platón y a todos los neoplatonistas, revisar a Montaigne y Johannes Secundus. El debió estudiar cuanta página escrita por los poetas castellanos, desde los cantos anónimos de los siglos 13 y 15 hasta los poemas colectivos en los baños públicos, deteniéndose por largos ratos en el Barroco español, el Barroco de Indias, teniendo a la vista el corazón de Sor Juana, los pulmones del inca Garcilaso, aquellos trasplantes oníricos en Góngora. Igualmente, él hubo leído cuanta traducción existente del sánscrito brindaba el saber del *Kama Sutra* y el *Anangaranga*, los cuales lo condujeron al tránsito obligado con los persas. El leyó *El Jardín Perfumado* del Sheik Nefzawi y el *Zenan-Nahmeh* de Fazil Bey, el *Beharistan* de Jami y el *Gulistan* de Sa-di, lecturas que lo condujeron al tránsito obligado con los siete manuales arábigos del sexo, que Ruben hizo inmediatamente a un lado, pues el sexo no era la materia de examen. El atendió las traducciones de Cortázar al *Chin P'ing Mei* y buscó cuanto remotamente pertinente hubiera en Freud. También conoció *La Fleur Lascivie Orientale* y la aún más rara traducción de *Contes Licencioux de Constantinople et de l'Asie Mineure*. El repasó las memorias de pomposidad trágica en Alphonsine Duplessis, Isadora Duncan, Anais Nin, Hector Savinien de Cyrano de Bergerac y otros. El absorbió las sentencias, donaires, apuntes y recuerdos de los aforistas, de las clases de un profesor apócrifo a las novelas

palpitantes de Dumas, Goethe, Tolstoi y Moravia, del *dichterliebe* a los cuentos cortos sin esfuerzo de Gabriel Fuster, Gibran Jalil Gibran y Maupassant, únicamente para reparar que ellos sabían menos que él. Una moneda arrojada en el aire o una margarita deshojada son máquinas simples de producir respuestas al azar. Un libro abierto donde caiga, no. Sin embargo, lo no dicho se hace visible o, más exactamente, encarna con la pintura, pero consintiendo toda falsa representación del amor –vistos como el corazón cárdeno, Dios, un ave en su nido, el modelo externo– él sabía que ellos, los pintores, habían mondado apenas la capa más superficial de lo que es amor. Ni siquiera Boticelli o Da Vinci o Schiele o Picasso o Lichtenstein o Malevich o los artistas de *Mad*, con toda su inspiración, con toda su estética, tenían una mejor explicación que los escritores. Finalmente, para colmar las más desmesuradas apetencias de un investigador, un millón de cartas le provocaron al alma hincharse de voces amigas, pero ninguna le provocó la oportunidad del amor. No obstante, a pesar de las probabilidades que se disipan en la marcha, él encontró las pistas de un atrevido viraje en la noche de diciembre de 1987 y una vez encontrado el camino indicado, Rubén Montiel estaría muy asustado para dar un paso adelante.

En diciembre de 1987, prestando servicio en los Cuerpos de Paz con sede en Filipinas. Rubén Montiel, de 28 años de edad, tropezó con el hecho de que el Grial, según el misterio de su paradero milenario, existe. La expansión del mundo y la colonización han terminado. La metrópoli, donde empiezan las periódicas bancarrotas del erario, pide al orden mundial nuevos intercambios. Rubén se une a los cuerpos de paz porque ellos traen el positivismo de Naciones Unidas, colaboración internacional, que el nuevo gobierno de Corazón Aquino no puede quitarse de encima. La operación no unifica a la nación. Filipinas es el área de mayor altura humana y comercial, pero el pueblo vive por su cuenta, en los *barangay*, o

villas, lejos de la nueva constitución y cerca de los constantes rumores de golpe de Estado. Rubén Montiel se halla en el negocio de hacer verificaciones rápidas de triunfo moral, pero los trabajadores humanitarios cambian bienes por sexo. Cada noche, las jóvenes nativas se arrastran a través de huecos en el alambrado que rodea el campamento, para ofrecer sexo a cambio de sobras, tales como un plátano o una caja de leche, para alimentar a sus hijos o hermanos. Esta es una historia que no sonaría extraña en cualquier país en crisis, si no fuera por el detalle que Rubén encuentra el amor en el lugar más atroz y porque él y Náutica Gutiérrez quieren sobrevivir. El pulpo con los dedos hace gala de tocar el mar de las numerosas islas circunvecinas. No cabe desilusión en este pequeño gobierno local, consistente en apenas 30 viviendas, cuando la mosca da gracias a Dios y los cascos azules están cubriendo el huevo de la tortuga. Las mujeres de mayor edad se quedan a dormir con ellos en las barracas, las impúberes se dejan caer en el arrozal de la tristeza, mientras la lagartija mueve la colita para no caer en el esmalte blanco de un tazón. Ellas tienen que hacerlo porque algunas no tienen a nadie que las cuide ni asegure alimento. Náutica Gutiérrez llega a mitad de un juego de barajas, soplada por la luna. Un mosquete español dispara una salva al aire como exclamaciones, la bala es lenta para morir. Náutica Gutiérrez es diminuta y frágil, Rubén Montiel es capaz de levantarla en vilo con un solo brazo. Sus rasgos son delicados y tienen luciérnaga. No obstante, su cara cambia drásticamente con la variación de la luz. Monet habría tenido que hacer su retrato dieciocho veces, como lo hizo con la Catedral Rouen, del alba al calmo atardecer, para capturar un único momento intocable. Ella es descendiente directa de esa fuerte presencia musulmana que ocupó la isla principal de Mindanao, para el desmayo de Magallanes y sus expedicionarios haciendo escalas fugaces, quienes acababan de liberarse de los moros en la península ibérica tras siglos de lucha. En su porción de tierra rodeada de llanto, en municipalidad Polanco, ella

había conocido otros hombres antes, pero era un asunto que no le importaba hablar al respecto. Rubén Montiel padece el mal crónico de la culpabilidad desde la primera vez que tuvieron coito y sus manos no cesan de buscarle las cicatrices por el lado más oscuro de su falda. Entonces, en la noche del 24 de diciembre de 1987, la pareja compartía un plato de cena de arroz y pescado, celebrando la nochebuena, cuando una bala perdida pasa como el aire liso del *taglamig*, la temporada fría de las tres estaciones reconocidas durante el año, y se esconde mortal en el cuerpo de Náutica Gutiérrez, separa su voz y la derriba sobre el piso de tablas. Rubén Montiel trata de contener la hemorragia, presiona las pulseras, pero se percata que no hay modo que sobreviva. Las condiciones de vida de los campesinos impiden alcanzar el hospital más próximo en Ciudad Gutalac, cuando las cosas mueren. Milagrosamente, la deidad rehusa arrebatarla y ella vive la media hora antes de morir desangrada, aunque el tiempo lo usa para platicar y dar el mejor regalo navideño.

-Desde la primera vez que te vi...supe que eras tú

Él trata de sonreír, siquiera lograr salvar la traducción. Nadie elige a su amor, escribió Machado. Lo que sucede es que dos seres abstractos se vuelven concretos al reconocerse.

-Oye, en una complicidad como la nuestra, ¿en quién otro podemos confiar?

Náutica Gutiérrez tiritita de dolor y aprieta fuertemente la mano de su amante.

-No tenemos mucho tiempo para hablar cursilerías, mi amor. Antes de morir, yo quiero devolverte el amor que tú me diste, porque si no fuiste perfecto para mí, al menos fuiste lo próximo a mi propia carne.

-Mejor no hables...

-Únicamente te pido un poco de credulidad de tu parte

-Cualquier cosa que me digas, la creeré.

-¿Recuerdas el día que fuimos al mercado a Manila?

-Sí, claro. Ambos caminábamos tomados de la mano entre los puestos como dos famosos, aunque ser famoso en las filipinas no es dejar de ser un desconocido.

-¿Recuerdas el *bahut* que le compré a la vietmanita?

-Una verdadera ganga, puesto que una obra de arte es mucho más que un objeto de arte: es un mundo.

-Rubén Montiel, tienes que escucharme

Rubén asiente y calla. Entonces ella le da instrucciones de dirigirse a la cocina, buscar un frasco vacío de mermelada y llenarlo con su sangre. En el cuarto palidecen luces y yugulares. Náutica Gutiérrez suda los senos y la espalda más perfumada que pañuelos de rosas. Rubén Montiel quisiera darle un baño de oro.

-Linda, no puedo abrir el arcón

-Tengo un cerrajero. Debes llamarlo, pero tienes que conducirte con mucho cuidado. Es caro, por eso tú le pagarás con mi sangre

-No sé...

-Adrammelech, regidor supremo de la tercera hora

Rubén Montiel luce impotente. Náutica Gutiérrez muere. La rigidez la toma del cuello, vomita un coágulo.

-Sí me crees, ¿verdad?

-Cuando abra el arcón, el asunto se hará más claro

-Necesitas... a Surgat... para abrirlo. Consíguelo.

Náutica Gutiérrez desvía la mirada y expira.

Podemos derrumbar un templo griego mascando chicle o haciendo ruido o cambiando de lugar algunas letras. Surgat no es anagrama de grutas, sino un demonio un tanto insignificante dentro de la jerarquía descendiente que va de Lucifer hasta Sargatanas y responsable de abrir todas las cerraduras imaginadas. Rubén Montiel lo invoca en la celda de la obediencia, recurriendo a los versos en el *Grimorium Verum* y dibujando el pentagrama de Agrippa con la sangre de Náutica en el piso. Él no reflexiona mucho en lo que hace...va y viene mojando el dedo en la hemorragia de la mujer envuelta con papel periódico...repite la operación con mayor dificultad la siguiente vez, porque toca el turno a la fila de los moscardones... bebe el vaso caliente de la ira...coloca una vela en cada punta de la estrella pagana...se rasca la cabeza ante tanta obstinación luminosa, pero acaba el dibujo con la certidumbre que toda casa en las filipinas tiene una buena dotación de velas...besa los labios de su amada y su beso tiene gusto a labios de una herida, más no reflexiona mucho en lo que hace. Lleva a cabo la invocación y punto.

Surgat aparece por un vidrio roto, llega con los olores penetrantes del tártaro y la celebración de dos mariposas de alas negras. El loco y el consumidor de aguardiente no duda de la infinita belleza de estos seres, la visión terrible de colmillos, escamas, fango negro y una pila de Volta con avispa ahogada. El demonio tropieza con la caja cerrada. El *bahut* es un pequeño ataúd nocturno que nadie puede impedir que se agrande en el silencio, ni las campanas ni el magnetismo viajando en postura de ondulación. El *bahut* sirve de asiento al monstruo.

-¡Abre el cofre! – es la orden.

El demonio se levanta de un salto. La cabeza le cambia de varias formas, de sapo a chivo a cuervo a perro a mono a humo a otra cosa sin nombre conocido. Finalmente, hace

de la mente una cámara de espejos, escruta los ojos de su instigador y pateo la caja de pan duro.

-¡Abre la tapa, horrible hijo de puta! ¡Ábrela ya! – reitera el iniciado.

Surgat vomita gusanos sobre la tapa, le siguen palabras ininteligibles. Ninguna tiene sentido para Rubén Montiel. La voz es una ráfaga violenta que obliga a cerrar los párpados. Náutica Gutiérrez le había advertido en vida que el tipo era problemático.

La voz se modula, se vuelve refinada. El diablo habla un lenguaje para llevar a Rubén Montiel o cualquiera más lejos de lo que hubiera adivinado, puesto que la perorata es el idioma del Paraíso y el idioma del Juicio Final. Surgat habla en caldeo. La cerradura salta, el arcón queda abierto.

El curioso aprieta los labios. Surgat voltea en dirección suya y le dice en perfecto latín: *Quid pro quo*. Rubén Montiel señala el frasco anudado con la arteria. El demonio sacude la cabeza dos veces para desaparecer en la tercera con una explosión de luz y Rubén Montiel pierde el conocimiento, únicamente para recobrarlo y descubrir que Náutica Gutiérrez tenía razón: todo tiene su precio. Surgat no se había ido con las manos vacías. El cuerpo de su amada no estaba en su lugar. Había sido parte de un intercambio. En su lugar, quedaba el *bahut* abierto y el suelo dulce y blando como el colchón de la eternidad.

El *bahut* contenía más objetos de lo que sus dimensiones externas pudieran haber indicado. El objeto que destaca en su interior es un libro manuscrito. Un libro entero sin la palabra tú para considerarlo un diario. Un libro calcáreo, seco, desolado. Náutica Gutiérrez invita a la fiesta de sus entrañas. El relato es de una modestia engañosa, escritura automática. La anotación inicia con la descripción de un importante hallazgo encontrado sobre la pared del corredor de la procesión del gran palacio de Minos, en las excavaciones de Cnossos *circa* 1900. La reliquia es descubierta detrás de un elaborado fresco y oculta en

un nicho que data el año 2000 antes de Cristo. ¿Cuál es su origen antes de esa fecha? Ni siquiera el arqueólogo que lo sustrajo de Creta pudo saberlo. Arthur John Evans lo reconoció al instante que la luz de su tea incendió los preceptos y los santos mandamientos. El investigador desapareció esa misma noche y se presume que regresó a Inglaterra. Registros de este hallazgo son revelados en 1912 durante las delirantes confesiones de Bessie Chapman, una de los 711 sobrevivientes del desastre del *Titanic*. Fuera de sí, sufriendo la agonía por la tremenda exposición al frío, la pasajera balbuceó una historia escuchada solamente por la tripulación del *Carpathia* y los supervivientes que trataban de hacer sus postreras horas más llevaderas a bordo. Aparentemente, la mujer era una dama de compañía que, en un encuentro casual con elegante caballero, de hecho, el objeto precioso le fue mostrado. Ella habló del evento con tal embeleso que, cuando murió, pareció que se había ido de este mundo satisfecha de toda la alegría que se podía hallar en la vida. Uno de los marinos, un irlandés de apellido Haggerty, pareció ponerle especial atención al relato. El tal Haggerty cambia entonces de embarcación en el retorno del *Cunard Liner* a Nueva York. El Sargento Michael James Haggerty cae muerto en la batalla de Ypres, Bélgica. Noviembre 9 de 1914. Su mochila de campaña, tomada por una enfermera voluntaria de la Cruz Roja, desaparece tras las líneas enemigas. De regreso con los heridos en camilla a las trincheras, el héroe de guerra es reportado por dormir con la mochila bajo su almohada, que nunca se separaba de ella y la misma parecía muy pesada. Un combatiente recuerda la ocasión que le fue roto el brazo con bayoneta, cuando bromeando intentó dar un vistazo en su interior suponiendo encontrar fragmentos de metralla. Entre 1914 y 1932, el objeto, jamás descrito con exactitud, apareció tres veces. La primera, entre los tesoros reales de un miembro de la nobleza rusa en Sevastopol. La segunda, en la colección privada de un diseñador de aviones danés. Finalmente, como la preciada posesión de un jefe de la triada

china que se le atribuye la intriga a favor de Chiang Kai-shek para suceder a Sun Yat-sen en el liderazgo del Kuomintang, en 1926.

En 1932, un hombre de visita en Nueva York para la inauguración del *Radio City Music Hall*, justo en Navidad, es hallado por la policía, en un callejón en la 51 West, luego de ser golpeado y hurtado “del objeto más bello que se pudiera poseer en el mundo entero”. El hombre es llevado al hospital *Bellevue*, pero no importando cuán diligente fuera el interrogatorio oficial, éste jamás describe el objeto robado.

En 1934, se comenta que es visto en la colección privada del arquitecto alemán Walter Gropius, pero posterior a su autoexilio de la Alemania Nazi, el objeto es ubicado en las oficinas de Hermann Goering. En 1941, es localizado con Albert Schweitzer, filósofo, médico, misionero y músico, en la Africa Ecuatorial. En 1946, al fin una cosa entre las cosas, es atroz responsabilidad en las manos del Licenciado Miguel Alemán Valdés como lo es el poder. Después de esto, su paradero es desconocido entre 1959 y 1986 y siguen veinte hojas en blanco. El final, que parece un *non sequitur*, una forma cualquiera de terminar, es el principio natural de la búsqueda de un tesoro oculto. Ay, Náutica Gutiérrez, dama de diamantes de la baraja sonámbula, de las runas de piedra, plata y madera. Los amuletos y los filtros. El *bahut* contenía la clave para encontrar el amor verdadero, el ágape. ¿Cuánto de este amor se requiere para nunca distinguir los contrarios de los propios? La gente forma una corriente constante a lo largo de los caminos sin pavimentar para visitar una tumba inexistente. Rubén Montiel cierra la caja y abandona la casa en la calle José Rizal, con la idea de no sentirse conmovido en esa propensión a los encuentros felices.

Para 1994, Rubén Montiel había rastreado la pieza hasta Buenos Aires. El tiene treinta y cinco años de edad. Estuvo casado y se divorció porque, en un momento de fastidio, él

supuso que no hay amor bajo los ojos de los tiburones. El recorre de extremo a extremo la calle de Corrientes, pero lo mismo pensó que pudo haber muerto de malaria siguiendo una pista falsa en Paraíba do Sul. Cuando se recobra de las fiebres, regresa a casa en 1989. Desde allí, su credo ha sido testigo de grandes alegrías, tormentosas tristezas, amores imposibles, abrazos adúlteros. Por ocio o por guerra, ya hubo respetado secretos, ya hubo callado engaños, y siempre su paga fue igual. Vive el vértigo de las emociones. Por ejemplo, la alumna más rápida del mundo para alcanzar dimensiones de mujer se fija en el profesor más rápido escribiendo con tiza. Se acuestan el día más corto del año y ella tiene el embarazo más corto jamás contado. El niño nace y crece en un tiempo *record*. Desarrolla un olfato fuera de lo común y descubre demasiado pronto que la vecina de enfrente es capaz de vivir los amantes con sólo con mirar. Ambos se enamoran en cuestión de segundos, se casan y no pueden tener hijos porque si él se le acerca, ella se pone a suspirar. Gime, resopla. Van a tener que adoptar para no perjudicar a la sociedad. Rubén Montiel afirma que un sistema logístico razonablemente rico, tal es esencialmente incompleto. La pista definitiva en todas las claves resulta tan vulgar que ni siquiera alcanza a soltar un soplo de alivio. La reliquia había sido subastada en Sotheby's, a principio de Abril de 1998. Ahora la pieza pertenecía a un hombre viviendo en los dominios de un rascacielos en Nueva York. Rubén Montiel reconoce el nombre, al pie de la fotografía, dentro de las páginas de *Esquire*. El mismo individuo visitó Nueva York, en 1932, para asistir a la inauguración del *Radio City Music Hall*. El objeto le había sido robado la primera vez. De algún modo, el tipo pasó 66 años buscando recobrar su propiedad. En el trance, el hombre había acumulado riqueza, poder y privilegios.

Rubén Montiel cierra la revista. La modelo en la contraportada bien puede ser la muñeca de una feria de pueblo. El premio gordo de entre todos los peluches que la miran

con envidia y, al mismo tiempo, no quiere terminar en lo alto de una estantería de un cuarto infantil, llena de polvo, olvidada y teniendo que soportar ver desde arriba la rutina de una familia media, cuando puede seguir allí, en la portada, sintiéndose un sueño hecho verdad, pero no habla porque tiene los dientes chuecos.

Ruben Montiel tiene cuarenta años.

Todos los sobornos habían sido bien dispuestos. La puerta de servicio mantenía el cerrojo abierto. La llave del elevador era una perfecta copia. Ningún obstáculo se interpuso en su camino ilícito hacia su tesoro.

Rubén Montiel da largas zancadas en la obscuridad de la *Suite*. Repentinamente, escucha una puerta cerrarse en el fondo del corredor. Hace pausa, continua. El mapa a su servicio era tan preciso, que no toca nada en su trayecto a la recámara principal.

El hombre, convertido en anciano, duerme en el centro de la enorme cama. Como antes fue informado, el anciano moría.

Rubén Montiel cierra la puerta detrás suyo. El viejo abre los ojos y lo mira. Sus ojos son muy azules.

-Nunca hay dinero suficiente para comprar el silencio, ¿Verdad, muchacho? Tú puedes comprar tu entrada a mi habitación, pero no puedes comprarles su discreción. Recuerda, siempre hay una boca más hambrienta que otra en la cadena alimenticia.

Rubén Montiel sonrío y se acerca a la cama.

-No soy un ladrón.

-Por supuesto que no, hijo

-Yo pude haber negociado con usted en primera instancia, pero estaba seguro de su

mokusatsu

-*Mokusatsu*....matar con el silencio.... ja, no había oído el término desde 1945.

-A ningún precio...

El viejo cascarréa levemente, aunque no se nota desahuciado. Mantiene la vista fija en Rubén. Éste añade.

-Sí, eso creo que hubiera sucedido, seguro que te lo llevarás a la tumba. No tienes idea, viejo, he buscado su paradero por largo tiempo.

-¡Que diablos me importa cuánto has buscado, hijo! ¡Nunca más que yo, nunca más que yo...!

-Navidad de 1932

-Muy bien, hijo. Has hecho bien tu tarea.

-Sí, he gastado tanto como tú, con toda clase de moneda habida.

-Cosa que me incumba menos. Ni siquiera llegarás a acercarte...

-No, estoy cerca...en este cuarto...en la caja fuerte.

-No te muestres tan seguro, sigue oculto a ordinarios como tú. Además, aunque tuvieras la razón, la caja no se puede abrir. Y no hay modo de violar una bóveda de seguridad rodeada con muros de hormigón de cuatro pies de grosor, reforzado con doble juego de mallas con bramantes de kevlar y fibras de grafito, una armadura anti-impacto de hierro de bajo contenido de silicio (0,2 a 1,0%) y aleado con molibdeno (0,5 a 2,0%), cromo (27 a 34%), wolframio (0,5 a 2,0%) y boro hasta 0,1%. El cual ha sido tratado térmicamente entre 950 y 1 100 °C y revenido después del temple entre 200 y 500 °C. El marco de la puerta *monoblock*, sin soldadura, está cortado con láser partiendo de una plancha de acero especial alto carbono. Nunca menos de diez pulgadas de acero en la cara frontal. Cuenta con 8 pernos horizontales de acero cromado anti-cizallado de una pulgada y 8 verticales más una reja de barrotos de titanio. El pivote de la puerta en acero Bessemer se

halla colocado en el interior del *sandwich* mecánico, totalmente inaccesible al exterior. Las juntas son tan precisas que no es posible el uso de ácidos o explosivos plásticos. Las cerraduras son híbridas con un reloj electrónico y funcionan con una cerradura de llave M3b sin duplicados y con una combinación *Monéo* de embrollado automático al momento de clausura. Ambas tienen la homologación A2p nivel B y EN 1300 nivel B. Frente a un incendio, un *puzzle* de paneles ignífugos aportan un elevado incremento de resistencia a la cámara. ¿Necesitas saber más?

Rubén Montiel mueve la nariz como un roedor alzado.

-Inexpugnable, hijo. Cualquier ataque por modernos sistemas, sean coronas diamantadas, martillos neumáticos u otro, y el suelo se electrifica.

Rubén Montiel ubica un eje cartesiano en la pared del corredor de la procesión con la parte ínfima del ojo y salva el magnífico Matisse.

-Inescrutable. Un error en la combinación y el cuarto se inunda de gaaaaaas...

-Ok, viejo, me chingaste...el premio es todo tuyo

En realidad, Rubén Montiel se queda hablando solo. El anciano no llega a escucharlo. Ha muerto.

-Pero, por otro lado, no hay cerradura que no pueda ser abierta

Atento a los silencios de la luz cenital, el intruso contempla por largo rato al último dueño del Grial predilecto. A decir verdad, el rostro del occiso no demostraba parecer más feliz o más triste de morir sabiéndose en posesión de alguno. Entonces, Rubén Montiel se arrodilla y con la punta del desarmador empieza a trazar un diseño familiar sobre el tejido de la alfombra. Consigue diversos ceniceros para colocarlos como sahumerios en las puntas del pentagrama y se sienta a esperar al centro de la figura con fiebre de abanico de las manos. Surgat aparece de nueva cuenta.

-Fides quaerens intellectum...ji, ji, ji

-¡Abre la caja, fenómeno!

Llega el momento de denuedo, cuando hay que tomar al ángel por los cuernos. El demonio responde con milenaria saliva de elemental español

-Yo escucho. Yo obedezco.

Todos los poderes del averno forman un géiser de almas en pena. La noche muestra una hendidura de la mañana próxima y la puerta blindada se abre de golpe, poniendo la revelación a unos pasos de distancia. Antes de despedirse, Surgat dirige una petición.

-Poderoso amo, ¿puedo daros un regalo?

Rubén Montiel recuerda las advertencias de Náutica Gutiérrez en el interior de su cabeza. *Debes llamarlo, pero tienes que conducirte con mucho cuidado. Es caro, pero más hay que temer el sigilo de los ricos.* Por otro lado, es un cerrajero finalmente. ¿Qué daño puede hacer un cerrajero?

-Ok, Acepto tu regalo.

Surgat regresa el cuerpo de Náutica Gutiérrez. Pocos son los capaces de pedir un regalo para regalarlo. Rubén Montiel resucita el cuerpo con sus ojos. Unos dicen que, puesto que el amor existe, hay que negarlo. Otros que, puesto que no existe, hay que inventarlo. Un taxi amarillo se lleva a Surgat a través de Central Park. ¿Qué ves del lado de la bóveda? El último custodio que ganó la batalla con el aplomo de las palabras del Rey Pescador, luego de descubrir la clase de copa asombrosa en que el tonto le trajo agua a beber: *“¿Tú? ¿Cómo es posible que tú hallas encontrado lo que mis mejores ejércitos de caballería no consiguieron en su busca?”*. El tonto replicó: *“No lo sé. Todo lo que sabía es que usted tenía sed”*. La caja de pan duro y leche de nodriza que en este vaso de arcilla me la bebo.

UNA EPIFANIA APARTE

Los aventurados turistas toman el camino secundario de los montes de carbón, los anuncios de paradas y las vías de ferrocarriles. El cansancio frena las vidas en tránsito y el camino por delante se curva en una larga interrogación. No queda más remedio que detener bajo una zona arbolada. Los tres viajeros miran el mejor lugar, establecen su cerco y despliegan la tienda para acampar.

Melchor corre la puerta de la vagoneta y revuelve el cuerpo de equipaje, las cañas de pescar, el *cooler*. Localiza el colchón inflable y el reproductor portátil DVD y regresa al círculo de la fogata. Gaspar come una manzana con leve sabor de gasolina.

-No, no, no – exclama Baltasar – ningún vehículo de motor substituye a un buen elefante.

-Si vas a viajar a la feria de las tierras del norte- comenta Gaspar - hazlo en hombro de esclavos...blancos en tu caso

Melchor sopla el colchón como panza de sapo, lo sella y toma un segundo aire enfadado.

-¡Basta! ¡El rey de Oriente que soy y cuanto mis brazos abiertos señalan los límites del mundo que protejo, no pasaré otra noche de insomnio, oyéndolos a ustedes dos discutir como dos vendedores de higos y dátiles!

-Tenemos que estar despiertos de algún modo para hacer el turno en la noche aromada.

-Nadie se ha quejado de tu ronquido tampoco.

-Compañeros, deben saber que padezco una hernia hiatal

-¡Hernia hiatal, mi basamento! – declara Baltasar -¡No me pareció estar con un lisiado la ocasión de nuestra orgía en *Climax*! ¡Digo, todas esas danzantes del tubo, sentándose en tu regazo, despeinando tus barbas!

-¡Despertaste por la mañana, Melchor, con una erección tan insistente que los ungüentos de piel de iguana vieja sólo consiguieron aumentarte la hinchazón!

-Yo iba a desenvainar mi cimitarra por ti

-Vamos, es la nostalgia. Ante todo, yo soy un *mensh*.

Gaspar levanta la vista a la estrella sobre sus cabezas, establo de todos los cielos.

-Sí, llevamos un buen tiempo fuera de casa.

-Hey, ¿Una cerveza? ¿Vino?

-Yo quiero un *dimsum* – dice Melchor. Al instante, los palillos chinos de malaquita se materializan en su mano izquierda. El tazón del guisado en la derecha.

Entonces los tres magos se sientan a cenar. El rey nubio, el soberano árabe y el monarca judío. Ellos se distraen jugando adivinanzas, aunque ninguna frase del Corán, del Talmud o de la Biblia puede ser pronunciada, mucho menos escrita y se supone que ni pensada. También se ponen a jugar ruleta rusa, pero terminan la competencia abruptamente y con intercambio de *latkes*, cuando Baltazar y Melchor entran en discusión sobre la pertenencia del muñeco dentro del pan de rosca. Finalmente, les gana el sueño. Extrañas sombras en el cielo, atraviesan de parte a parte. La pesadilla los hace volver sobre sus pasos, surcando dunas, desafiando un cielo que les regala toda clase de ojos.

Cuando Baltasar despierta, a la mañana siguiente, su olfato dicta sus primeras palabras.

-¿Quién se hizo caca anoche?

Melchor habla de modo reflejo, su cerebro parcialmente despierto.

-Cuando solía galopar mi corcel, enorme alazán. De súbito, frenaba y volvía hacia mí y decía: *Caca*. Para luego continuar, orgullosa la crin y convencido el trote.

-¡Miren! – señala Gaspar con el dedo.

El terreno estaba cubierto de guano por doquier, producto de las hordas diabólicas que cruzaron en la noche. Monos con alas, rodando sobre poleas, expulsados de un reino que jamás terminó de asumir Oz. Los estudios MGM se desmantelan para dar paso a las vacaciones fuera de temporada, al éxodo de chilangos.

-La primera comparsa del Carnaval. No serán primero que nuestra epifanía...

Así que levantan el campamento y lo empujan en la vagoneta. Arrancan, levantando la grama, quebrando el cielo duro.

Baltasar, al volante, murmura.

-¿Que dices, hombre?

-Nada. Únicamente espero encontrar un buen par de zapatos al final

-Rápido, Baltasar

En el primer semáforo que alcanzan, legiones de monstruos salen de las alcantarillas, portando recipientes varios con agua jabonosa y esponjas con las que se amontonan a limpiar el parabrisas.

Baltasar suena el claxon y los repele con ademanes.

-¡Atrás, atrás, basura del inframundo!

Pero los seres lo ignoran.

Cambia la luz y el conductor sume el acelerador. Los seres terminan revueltos.

-¿Necesitamos hacer tanto ruido? Vamos a despertar al niño

La vagoneta dobla la esquina y choca por alcance con un taxi dentro del área de recepción del Hotel Hyatt. El *Valet Parking* confirma la reservación. El muchacho botones

se ofrece llevar los obsequios para rendir el tributo al rey, al sacerdote y al hombre, pero los tres reyes magos prefieren cargarlos por cuenta.

-Traemos obsequios para el niño

-¿Oro, incienso y mirra?

-No, preferimos pañales.

Enseguida se abren camino entre los *fans* ahí concentrados, con dichos regalos en la mano. Y allí, en un cuarto de tarifa moderada, los reyes magos encuentran al salvador, recostado en una caja usada de zapatos y trapo seco. La madre, María, según se lee en el gafete de *Wal-Mart* que cuelga de su chaleco de servicio, es una muchacha que insiste en citar que fue ultrajada por Dios y perdió el empleo. Dios, por su cuenta, envía a un mensajero. El mensajero hace llegar su saludo. Lo hace en computadora. Lap top, *times roman*, diez puntos. La escena es oficial ante los siguientes testigos de calidad: pastores, carretoneros, ganaderos, entrenadores de mascotas, domadores de leones, notarios públicos, jockeys, premios Nobel, acarreados, ilegales, Noticieros Televisa y un hombre contratado por dos horas para que levante la mula y el buey con sus fuertes brazos.

Los tres reyes magos avanzan, encontrando difícil un espacio para ellos entre la multitud, luego ponen sus regalos junto a la rosa de la circuncisión y observan largo rato al recién nacido.

-Llamémoslo Fuster –sugiere Gaspar

-No seas absurdo– replica Baltasar - ¿Gabriel y Fuster? ¿Gabriel Fuster? No, pongámosle Jesús. Es corto, fácil de memorizar, muy eufónico.

Entonces los tres hombres sabios se vuelven a enfrascar en otra larga discusión sobre el nombre del niño y finalmente acuerdan en llamarlo Gerber, porque una compota tiene poco recintos de ideología para empezar un estallido cristero.

Sólo después de dos mil años, no terminan por quedar satisfechos. Ellos miran al niño dormido, que es igual a cualquier otro bebé. Baltasar murmura, “¡Hubiera preferido encontrar un buen par de zapatos al final!”. Gaspar comenta en voz baja: “¿Tú crees que alguien se compadezca por fin, después de dos mil años, en ofrecerme una silla?”. Pero Melchor resume la doble relación de constelaciones psíquicas y geográficas que el astrónomo vio en su telescopio, cuando dice: ¡Es chistoso, pero a mí no me parece judío!

EL SOL BRILLA PARA EL FRESCO

El lado oscuro de la cuna. Cuando el astronauta Neil Armstrong hizo la primera caminata lunar, no sólo recolectó la voz sobre los guijarros en la célebre frase “Un paso pequeño para el hombre, un salto gigantesco para la humanidad”, sino que antes de entrar de nuevo al módulo espacial, él refirió este enigmático comentario al aire nulo del satélite natural. “Buena Suerte, Mr. Gorsky”. En la hora del agua, mucha gente en la NASA supuso que se refería a algún colega en lo especial o algún rival entre los cosmonautas rusos. Pero al checar los datos, no aparecía ningún Gorsky entre las filas del programa espacial norteamericano o el ruso. Intactas, las preguntas se rindieron al letargo. Durante mucho tiempo se le cuestionó acerca de la identidad del señor Gorsky al héroe espacial, pero Neil Alden Armstrong simplemente se limitaba a sonreír.

Erase una vez un hombre borroso, más un hombre de personalidad colectiva. Llevaba camisas pálidas que le ponen al descubierto su largo y estilizado cuello. La sonrisa enseña una hilera de dientes completos mientras guiña y camina. Tiene el pelo brillante y algo cano. Las manos finas con dedos largos. A veces se cubre con amplios anteojos y se apoya en el tacón que choca contra las líneas gravitacionales de la manzana divina. Sus movimientos cumplen un ciclo de 28 días. Su pasar huele dulce y frío. Las chicas le sonrían, algunas le saludan. Pero él nunca se para. Siempre camina hacia algún sitio. Por eso es conocido, porque es rápido, ligero, y siempre pasajero. Hoy ha comido algo raro y le ha hecho un efecto peor. Ahora es imán. Y es un poco conflictivo, porque ha bajado a dar una vuelta y un mendigo le ha insultado porque le ha dejado el vaso vacío. Se le han pegado todas sus monedas en los pantalones al pasar. Y cuando se las ha ido a devolver ha

sido un desmadre. De pronto pensó que el pordiosero hasta le iba a morder el muslo, dado que llevaba un diente de oro que también se quería venir hacia él. El pobre hombre ha perdido los nervios y la gente que pasa ya mira esa escena muy mal. Pero bueno, ahora es imán. Luego será gravedad. Al final, campo unificado de la vergüenza.

-Oye, un desconocido me ha pedido un autógrafo. Al decirle que no soy un famoso, me ha insistido que le añadiera una frase cariñosa junto a mi firma y no supe qué poner. Hemos estado un rato a la sombra, intentando componer una frase célebre para dedicar su homenaje. Así que le he pedido que me contara algo sobre su vida, pero se ha indignado conmigo por mi atrevimiento, me ha llamado cretino, y yo he aprovechado para amenazarlo con tomarlo de los pelos y arrojarlo contra la ventana de la tienda de libros. Perdón por mi franqueza.

La librería de referencia era la Librería de Cristal.

El hombre borroso surge desentendido durante la doble noche. Todo queda parado. Como si empezara una sensación de completa intimidad en el episodio callejero que alguien ha convertido en postal. De pronto, le damos a pegar un sello y lo hemos enviado a otro lugar. La luz se centra en la lista de libros en exhibición detrás del aparador de la tienda. Hay ocho pilas de libros en el arco de yeso. Cada columna apoya el libro muestra, cual nota al pie en un solar alfabeto. La torre de papel. Los títulos notables son *Veronika decide morir* de Paul Coelho, *Vivir para contarla* de Gabriel García Marquez, *Fallaste Corazón* de Germán Dehesa, *La Casa de los Espíritus* de Isabel Allende, *El sastre de Panamá* de John Le Carre, *Las reinas de Polanco* de Guadalupe Loeza, *Los grandes Discos del Rock 1951-1975* de José Agustín, *¡Tú eres un buen chico, Charlie Brown!* de Charles M. Schulz. La hormiga equivocada camina al interior de la librería.

Un tipo alto, portando un gafete de plástico donde se lee *Carlos Vasquez*, da la bienvenida amable al lugar. El hombre borroso lo mira como se mira una momia con una larga lengua morada que deja hilos quebrados y los diez objetos que jamás comprarías de uso a cualquier precio. El vendedor se ofrece ser comido por las vacas gordas.

-¿Busca algo en especial?

El recién llegado voltea a su alrededor. En cualquier dirección encuentra estantes de libros, mesas de escrituras, pirámides de libros. Los ocho libros del aparador podían ser vistos de nueva cuenta sobre los hombros del público, conducido por un letrado que dice *Best Sellers*. El vendedor repite la pregunta.

-Señor, ¿busca algo en especial?

-¿Tiene el libro *Cameo*?

-*Camaleón*...suena hiperrealista. ¿Es tesis doctoral?

-*Camaleón* no, tú idiota, *Cameo*. Es un libro de cuentos.

-¿El autor?

-Gabriel Fuster

-Oh – exclama Carlos Vásquez. Junta las manos al frente, gozando las letras del gafete -Tal libro puede estar disponible en el segundo corredor bajo el rubro Ciencia-Ficción

-¿Qué? Ese libro no puede estar en los anaqueles de Ciencia-Ficción. Mi libro es una solución nueva al cuento gótico.

-¿Ya leyó usted *El Club Dumas* de Pérez-Reverte?

-No.

-Verá, Neruda escribe las poesías, pero el pueblo es el poeta.

-No me importa

-Estoy a sus órdenes, caballero. Ahora, con su permiso, tengo una caja que desempacar. Cincuenta volúmenes de *La Alegría del Cocinar*. Esos tomos tienen que ser manejados con total buen gusto o se me vuelven mil hojas. ¿Entendió, mil hojas? – ríe el empleado con su chiste soso, mientras se desplaza al almacén. El hombre que nunca fue el cliente satisfecho ya lo alcanza y lo empuja contra la esquina que forman las blancas estradas de *Historia del Arte* y *Superación Personal*. Y uno no tiene idea de lo que sucedió hasta que ese personaje consolado por el salto de la bujía le da la vuelta y le riñe en aumento de la voz.

-Bien, lo que quiero que me respondas es ¿Por qué no está ubicado el libro que mencioné en la sección de los *Best-sellers*?

Un espasmo de terror genera lágrimas en los ojos de Carlos Vásquez. La cabeza se le llena de nombres viejos y fichas ajadas.

-No lo sé –responde.

-Mírame bien. Dime que no eres uno de ellos

-No soy uno de ellos

-Tú sabes a quienes me refiero –la alegre fiebre le baja a los pies. El misterioso hombre sospecha que la respuesta no es del todo correcta.

-La verdad no, señor. Sólo le seguí la corriente porque leí *Omerta* de Mario Puzo.

El tipo desdibujado suelta la camisa del empleado y se retira un paso atrás. Arregla su peinado un poco, luego le compone el gafete a Carlos Vásquez. Finalmente le dice sin hacer contacto visual.

-Por supuesto que no. Es obvio que simplemente eres un ratón de biblioteca. Te pido disculpas por mi rudeza.

-No hay de queso

-Gracioso. ¿Puedo estar seguro que no eres uno de ellos?

-Yo no me meto con nadie, señor. Es más, ni siquiera pertenezco al círculo de lectores.

-Te creo. Ahora, ¿Me puedes señalar el lugar donde puedo hallar mi libro?

Carlos Vásquez sonríe nervioso y apunta con el dedo en ángulo de tallo a su izquierda, aunque empieza a caminar como si no temiera el sigilo de los poemas. En un momento del laberinto se le ocurre voltear y preguntar.

-¿De casualidad, digo, será usted Gabriel Fuster?

El individuo lo mira seco un instante y le responde.

-Si no fuera Gabriel Fuster, me rascaría la entre pierna con orgullo. Pero como lo soy, me limitaré a dar las gracias.

Ambos continúan caminando. Justo en el ala que se extiende hasta la ventana que evita fornicar a la intemperie, los egonautas encuentran la isla bajo la inscripción de Ciencia-Ficción. Y allí, en medio de las especiales publicaciones dedicadas al alma del robot, Gabriel Fuster encuentra una copia de *Cameo* en el segundo anaquel. El tipo se agacha y alcanza el ejemplar con la reverencia de un creyente de milagros en Lourdes. Una araña crepitante, mordiente, estremecida, esquinada se sacude en su tela y corre a la bombilla de sus husos, llevándose a Carlos Vásquez consigo. Gabriel Fuster pasa la mano sobre la portada para retirar la humedad sombreada. Abraza la copia y la mece en su pecho igual que una madre con un bebé de la resistencia de la talidomida. Entonces, en el sitio donde lloraban los fascículos de *Historias Asombrosas*, se escucha un tropiezo de sonámbulo. Ruido incierto de pisada que sigue un rastro. Un traspies casi inhumano, ciertamente tampoco mecánico. En todo caso, la advertencia de poderes terribles a punto de ser desatados. Gabriel Fuster aguza la mirada.

Caminando hacia su persona, provenientes de los pasillos de *Artes Manuales* y *Psicología*. Una mujer anciana encabeza un grupo de esclavos musculosos, tatuados. Su presencia alude al primer compás de la danza de la muerte. Los dientes de sus bordes y los hondos de pasión en cuero negro y portando cadenas.

-¡Es él! –la abuela grita. Los corpulentos guardaespaldas la rebasan y se arrojan contra el ser atento. Gabriel la reconoce antes de proclamar su peso verdadero: se trata del consumidor común de bienes y *vedettes* por sinsabores.

El primer agresor alcanza a Gabriel Fuster y pone la mano del tamaño de un velero japonés en la espalda de su camisa. Lo levanta en vilo y lo muestra con redoble de tambores.

-Lo tengo, maestra Ursulita

Lo que sucede inmediatamente es todavía inexplicable. Tan repentino, que no es posible describirlo aquí con justicia, pero dio la impresión que la palma abierta del escritor golpeó el esternón por sorpresa del pecho fornido de su atacante y este tío salió volando por los aires. En la trayectoria de impacto, el cuerpo saca de lugar dos grandes libreros donde, en una de ellos, se muestra la obra completa de Rubén Darío. El toro de lidia explota contra la mercancía, la cual salta al aire tan ligera como los *beignets* del *Café du Monde* en Nuevo Orleans y cae en caprichosos remolinos de confeti como la primera nevada de Diciembre en Central Park y yace inerte a mitad de la arena. El reporte forense determinará que el impacto que el rudo recibió, afectó su corazón al igual que los riñones, el hígado, el páncreas, la vejiga, la vesícula y el píloro. El rudo igualmente contrajo diabetes. Un internista sugirió la posibilidad de que la enfermedad se debía a la exposición a *Azul*. Pero en ese momento, nadie en la librería se reía.

La anciana pierde la calma.

-¡Agárrenlo, agárrenlo!

Entonces tres de sus sirvientes convergen en el autor desde tres direcciones distintas. Gabriel Fuster permanece en su lugar, con la cómoda postura de la mantis sagrada.

-Hugo, Paco y Luis –bautiza a sus atacantes.

Paco llega a Gabriel diez segundos antes que los otros. Éste le rompe ambos brazos en el mismo maniatado de tiempo. Hugo y Luis arremeten por la izquierda y la derecha cada uno, mientras Paco regresa por donde vino, agitando sin control los brazos como un par de manecillas hechas añicos. La tierra es estremecida cuando los dos rufianes chocan uno contra el otro, debido a la maniobra de salto que Gabriel lleva a cabo por encima de sus cabezas en el último momento. Bruce Lee se emborracha con gasolina.

Los otros once sucios mercenarios intercambian una mirada y escapan del lugar. En su huida, atropellan a la maestra Ursulita. Cuando ésta abre los ojos, Gabriel se halla parado encima de sus fotografías y azucenas.

-Permítame ayudarla, señora

La levanta de los cabellos y la pone de pie junto al ropero del viejo hermoso Walt Whitman, donde tiene a salvo la copia de *Cameo*.

-Explíqueme ¿por qué este libro no alcanza las 10,000 copias vendidas?

La mujer escupe con asco el agua de su pregunta.

-Porque no es un Best-Seller –responde con dificultad. Notablemente era la primera vez que Gabriel veía a alguien hablar y al mismo tiempo morder tres monedas elegidas al azar. Era fascinante.

-¿Quién dice eso?

-Los Críticos. El *Unomásuno* lo dice. *El Economista* lo dice. CNI lo dice. La SOGEM lo dice. Alberto Hajar lo dice. Gabriel Zaid lo dice. Christopher Domínguez Michael lo dice. Brozo lo dice. Elena Poniatowska lo dice. Y yo también lo digo.

La nariz de Gabriel Fuster se agita. La rabia es contenida como es pagado un cheque que ostenta una firma ilegible.

-Dígale a sus críticos que sus días están contados.

-Nadie te tiene miedo. Tus amenazas de muerte son tan barrocas como tu literatura.

-Veremos

Gabriel Fuster encuentra una réplica de la escultura llamada *Hombre señalando* de Giacometti y cuelga a la anciana del brazo izquierdo con curva de dalle. La mujer es convertida en prisionera por las perlas de su cuello. Ahora espera colgada del brazo de la escultura con las piernas muy juntas, como un traje abandonado pesa tanto en los hombros. Su gesto apretado, arruga unos ojos a punto de ser pájaros. Y del bolso saca un estuche de pinturas y se repasa los labios sujetando un espejo pequeño. Pero el pelo, empujado por el viento, se mezcla con el rojo y se le queda pegado. Entonces saca un paquete de Kleenex, cuyos pañuelos salen volando y parecen palomas que un niño se acerca y recoge. Y ella le sonrío, pero él no la reconoce. Y se volverán a ver otro día en el mismo ejercicio pero nunca hablarán. Ella sabe que es un ángel por encima de todos los museos, pero él aún no lo sabe.

¿Y ahora qué?

Gabriel Fuster piensa, que la surrealista figura de palillo parece dirigir el rumbo hacia la siguiente parada. Entonces despierta en plena Batalla de Lepanto, pero como no sabe la historia, se vuelve cauteloso porque no quiere ser objetivo de malas miradas. La

diferencia que existe entre una mala mirada y los alfileres es sencillísima. Era preferible no haber preguntado nada.

La cara de Gabriel Fuster se sonroja.

-Me está mirando las piernas, señor Fuster –dice la doctora, con algo de deleite.

-Oh, lo siento, Doctora Struldbugg, pensaba en lo que dijo. ¿Es posible entonces?

-Por supuesto, tiene un precio.

-¿La pérdida de mi alma? ¿Mi destino comprometido bajo un contrato firmado con sangre?

-No, el diez por ciento de su inspiración

-No tengo idea de cuanto pueda ser eso

-El pago es diferido. Yo acostumbro esperar eso. Todos mis pacientes han sido buena paga.

-¿Pacientes? ¿Quiere decir que ya ha llevado a cabo este tratamiento antes?

-Trato sólo con gente VIP. La confidencialidad, por supuesto, es un imperativo.

Gabriel se queda pensando. El término Imperativo era tan inadecuado como el de belleza. El había llegado al consultorio de la Doctora Struldbugg en un acto de desesperación. El libro en venta lo convirtió en uno de los mejores divulgadores de su tiempo, pero ¿qué pasaba con los siguientes tiempos? Por culpa de la risa que se combustiona en un respiro, los poderes creados por la actividad literaria escapan totalmente a los mismos literatos. Ella tenía que ser la respuesta a su pesadilla.

Aunque puesto en tres palabras, no sonaba tan desesperado.

Gabriel Fuster quería lograr la inmortalidad por el simple hecho de no morir.

-Señor Fuster.

Gabriel nota que se ha quedado viéndole las piernas de nueva cuenta.

-¡Perdón, pero es que la idea es tan loca!

-Lo entiendo. Puede abrirse por completo conmigo. Usted piensa que no existe nada más deseable que contar con vida eterna, la cual permita a su poseedor acumular toda la sabiduría de las distintas eras y controlar el panorama entero de la historia como la calavera de Yorick.

-Pero, ¿funciona?

-El tratamiento es similar al desarrollo de un antídoto contra cualquier veneno. El mismo principio.

-No estoy seguro de entenderlo.

-Supongamos, señor Fuster, que recibiera inyecciones con dosis mínimas de, digamos, el veneno de una mamba negra o *Dendroaspis Polylepis* durante un año o dos. A partir de ese momento, si usted anduviera de safari en Zaire y fuera atacado por una mamba, en lugar de una parálisis instantánea que sobreviene antes de una muerte por asfixia en segundos, usted simplemente se sentiría un poco mareado, pero sobreviviría a la mordida. La inoculación habría modificado su sistema de resistencia al veneno. ¿Ahora entiende los paralelos de mi tratamiento?

-Lo que no me explico es ¿Qué tendría yo que andar haciendo en Zaire?

-Uno nunca sabe

-Ok, y ¿esa es la manera en que voy a conseguir la inmortalidad? ¿Con inyecciones periódicas de venenos de víboras?

La doctora sonrío.

-No, señor Fuster, yo le daría inyecciones periódicas de muerte.

-Ja, esto va más allá de mis cuentos. Es imposible. Por favor, dígame la verdad. Si es un fraude maquinado o si es un mito. Le pido que me lo diga. Sé que sonará

desesperado, pero aún si me dijera que es una historia inventada, yo tomaría el tratamiento, sin importarme nada.

-Es real.

Gabriel quiere preguntarle cómo es eso posible. Cómo ella puede poner la muerte en una jeringa y mandarla a la corriente sanguínea de una persona.

-Adivino lo que quiere preguntarme, pero eso no importa. Lo que importa es que lo he logrado. ¿Puede entenderlo? Lo he logrado y nadie más puede duplicarlo. Yo tengo el secreto. El proceso que destila la esencia de la muerte. El modo de fracturarla en partes, para crear la antitoxina de la mortalidad.

-¿Quién es usted?

-Soy su doctora y ella su enfermera. – señala a una mujer fea como la parca -
¿Empezamos el tratamiento ya?

La enfermera convida al paciente la patente de sanidad.

-Sr. Fuster, ¿soñó algo anoche?

-¿Importa mucho?

-No. Dígame que clase de música escucha

-Clásica. Bartok, Shostakovich...

-¿Es usted homosexual?

-No

-¿Tiene relaciones sexuales últimamente?

-No creo que sea algo de su incumbencia. -Voltea a la Doctora -¿Que es todo esto?

-Señor Fuster, tal vez ordene de inmediato una placa de rayos X. Quién sabe cuándo puede acaecer la muerte finalmente. Tal vez hoy debía ser su último día en la tierra. Debemos despejar cualquier duda. ¿Tengo razón, enfermera?

-Tiene razón, Doctora.

-Pero....

-¿Quisiera desvestirse y enseñarme sus genitales? – continúa la enfermera.

-No

-¿Quisiera ver los míos?

-NO

La doctora Struldbrugg sesga el cuestionario con su pluma.

-Viendo las respuestas, no hallo otra explicación a su condición. ¿Cuántas veces se ha casado?

-Tres

-Yo le preguntaba a mi enfermera, pero ¿se da cuenta de esto? Su enfermedad es su propia cura. ¿Tengo razón, enfermera?

-Tiene razón, Doctora.

-Quizás deba invitar a mi enfermera a cenar y a bailar.

-Yo no quiero invitar a su enfermera a cenar y a bailar.

-Está usted temblando

-No estoy temblando

-Enfermera, ampolleta.

La enfermera prepara la solución a partir de un frasco que parece contener cenizas.

-Como la doctora le explicó, cada aplicación le producirá una muerte pequeña. Pero no se preocupe.

En la medida que la aguja se introducía en su brazo, Gabriel sintió el más corto síncope de trombosis, hasta un fugaz paro cardíaco. Pero no murió. Se trataba de una muerte pequeña como se le había advertido.

La luna tendría forma de zapato si cada taberna fuera esfera bullendo, pero la noche es interminable cuando se apoya en los seres anómalos. Gabriel Fuster toma la puerta en el piso -*Facilis decensus averno* – para visitar a su agente literario. Lleva su libro bajo el brazo. El agente literario no es otro que su tío Rubén Salamanca. El pariente se lleva las manos a la espalda, inclinándose como un rabino, parado en el centro de su alcantarilla. El es un hombre religioso. Siempre lo ha sido, pero no basta adorar a Dios. Error. Tú tienes que estar muy seguro de quién está al mando, pues el cielo te asista si te vas al bando equivocado. Gabriel Fuster encuentra una pesadilla granate, sordomuda, donde tres prostitutas sacuden a un hombre uniformado. La figura se halla perdiendo la gorra, los lentes bifocales y la botellita de ron. Cae su humanidad rendida en un sillón sucio, pero de un curioso tapizado a la manera de *L'Exposition des Arts Decoratifs* en París de 1928. A Gabriel le lleva un momento darse cuenta que se trata de un cartero. El individuo rebasa los cincuenta años y estaba allí para abrir el buzón del vecindario. Las tres prostitutas gordas escudriñan su valija ahora. Hay correo tirado por doquier.

-Señoras mías, incurren en un delito federal. Por favor

Las mujeres se empujan con sus vestidos de caliente piña, pero hacen un alto al ver a Gabriel.

-¿Rubén Salamanca? – pregunta el escritor.

-El carro abandonado en la siguiente calle. –responde la puta más barata, golpeándose el trasero con una durísima cuchara.

En la siguiente calle encontramos este Ford Galaxie 70 que alguien abandonó unos setenta metros de nadie. Los carros mueren también. Y son abandonados a la descomposición como el día acaba, sin merecer una sepultura. Autos como éste terminan con el cofre expuesto a las aves de rapiña, las bestias agazapadas y los profanadores de

tumbas. El tío vive en la unidad reducida a chatarra. Un gato rasca la puerta del conductor, lanzando un maullido luminoso. Una voz surge del interior.

-Pinche gato, ¿otra vez?

Gabriel se estremece.

-Soy yo, tío

-¿Gaby? ¿Qué chingaos haces aquí? ¿Cómo supiste donde localizarme?

El tío Rubén abre la puerta. El gato se cuela entre sus piernas.

-Necesito tu ayuda

-¿Dinero? –éste balbucea- Olvídalo. Ya cambié el cheque de mi pensión y ya me lo gasté todo en un mismo sitio. Mejor pregúntales a mis cinco herederos cuánto les toca.

-No necesito dinero, gané una beca de fomento a la creación. Necesito tu consejo, me agobia un misterio.

-¿Misterio? ¡Adoro los misterios! ¡Vamos, sube, sube!

El interior del auto es hueco puro. Un símbolo. Un fragmento de poesía y algo del mismo aire muerto dentro del pulmón del elefante. Mi tío comenta que lo ha rediseñado, que puede volar. El Ford Galaxie 70 puede volar y veloz, alcanzar la luna en dos horas. Manejando rumbo al Mar de la Tranquilidad, 20 grados sur, 130 este, perfectamente localizado, no puedes perderlo. Ok, no hay aire en el espacio. *No problema*. Sube las ventanillas, pon el aire acondicionado.

-Dame las pistas

-Doce cuentos ¿eh? Originalmente, la exigencia era de nueve cuentos, pero yo los aumenté para anticiparme a la ceguera. El libro se intitula *Cameo*.

-¿Camaro? Interesante. El Chevrolet que hubiera preferido para correrlo en domingo y venderlo al lunes siguiente.

-Cameo, otra vez. Valga añadir que esta copia la hallé entre las manos invisibles de Librería de Cristal.

Muestra su libro, cuya portada provoca el efecto debilitante del ayuno.

-El libro no me dice nada.

-Igual opinan los críticos. ¿Tienen razón?

El tío Rubén asume tedio. Cambia el tema. El instante pierde parpadeos, es tanto igual como las alfombras voladoras. Disculpen ustedes, pero vigilia y sueño no son términos correctos para el alcohólico. Verbigracia, las plantas no duermen ni velan, ellas ejecutan ambas actividades al mismo tiempo.

-Hijo, en un santiamén rompo la fuerza de gravedad con mi pie en el acelerador y enseguida el eje de rotación de las generaciones rechina por la altura súbita y allá abajo, en un mundo que pierde cuerpo, paso de largo el canal de Panamá, Stonehenge, la gran explosión de la bomba de hidrógeno y las 6 maravillas restantes en la estructura entera del conocimiento. Atrás, por el retrovisor, frondas en llamas que se apagan. El volante lo controlo firme con mis seis manos. Los faros atraviesan las nubes en un disparo eléctrico. La atmósfera es más delgada de lo que aparenta, muy mala. Hay veneno en ella para nosotros. Polvo, humo, DDT.

-¿Qué quieres decirme con eso?

-Pornografía. Eso es lo que yo miro. Nada más le saca un ojo al mundo. Demasiado de lo demasiado de lo demasiado. Cuando yo tenía tu edad, Anita Garaña y yo llevamos a cabo una bonita relación. Yo la llevaba a pasear a Chapultepec de cuando en cuando. Ella era la fuente que reía y platicábamos sobre todos los temas. Y, al final, culminaba esa eucaristía de latidos con un beso inocente en el asiento trasero del auto y eso era el tope de todo este alboroto.

-¿Qué pasó con Anita Garaña?

-Se fugó con Sadoc Benítez.

-Tío Rubén, no creo que el asunto sea de hacer cumplir el misterio de la comunión. Yo acepto que los maestros buscan lavarme el cerebro, pero si vengo con mi tío favorito es porque solo tú tienes el almidón que me gusta en las camisas. ¿Me dirás que hacer?

El tío cavila un momento. Su lengua moja los labios. Repentinamente, su rostro se ilumina. Los ojos cambian de abertura de iris. Da un manotazo a su rodilla.

-¡Coño!

Gabriel se inclina al frente.

-¿Qué cosa? ¿Qué vino a tu mente?

-No fue con Sadoc Benítez, fue con un cartero.

Gabriel recobra su posición original, desanimado. El tío simplemente no puede mantener sus pensamientos congruentes, piensa. Y se pone a buscar la manija.

-Bien. Gracias de todos modos, tío.

-¿A dónde crees que vas? ¿No quieres saber la solución a tu misterio?

-Pero yo pensé...

-Tú pensaste que perdí un tornillo, ¿eh? –al mismo tiempo hace un gesto con el índice de destornillarse la sien- ¿No te das cuenta que tus preguntas son más tontas? ¿Cuánta arena hay en el desierto de Gobi? ¿Por qué el mar es azul? ¿De qué color es la piel de Dios?

-Tú una vez me contestaste cuanta arena hay en el desierto de Gobi.

-¿Ah, sí?

-Y tú no sabes nada del mar, ¿recuerdas?

El tío vuelve a hacer pausa para ordenar lo que va a decir.

-Deodato resuena en el estéreo. A la derecha tengo el espacio negro. A la izquierda, la ventana estrellada de mujeres velocísimas que amé, olí, palpé, incandescencia de los astros de las Pléyades irreal, adonde no se llega tan fácilmente porque no hay una constelación de las Pléyades irreal. Quizás estoy viendo todo esto de cabeza.

-(reflexión)

-(reflexión)

-Lo estás haciendo bien.

-Otra explicación. El automóvil es una *tulpa*.

-¿Cuál es el misterio?

-El sol brilla para el fresco.

-Eso es lo más Procter&Gamble que he escuchado en mi vida...

- Un inconveniente. No puedo pararme a orinar en el camino.

Gabriel se abre las ropas en espera de la bala. Grita su angustiada pregunta.

-¿*Mea tulpa*?

-Los adeptos al budismo y al sufismo suponen que los monjes tibetanos son capaces de proyectar *tulpas*, o sea, objetos tridimensionales y entes físicamente reales, pero ilusorios. O sea, un monje puede traer a un primer plano su bosque mental y dar un paseo dentro de él. El monje tiene un bosque mental. Es más grande que la suma de sus partes, pero sus partes ejercen enorme influencia sobre su naturaleza; o sea, los individuos restantes pueden conocer el todo directamente. No obstante, la lógica lo prohíbe. Es por ello que el monje hace la intrusión de este conocimiento al exterior de él. ¿Se entiende esto? Muy simple, es como cuando hablo todo yo sin hablar de mí. Además que simplemente recordarlo siento orinarme el pantalón.

Gabriel advierte la endecha del gato que prepara su salto en la diagonal perfecta fuera de su karma instantáneo. El maullido se esfuma, sin viento.

-¡Hela allí! La luna llena está a la vista. ¿O el sol se ha disfrazado de luna? Parece un desierto de dunas y hace sol, pero no demasiado intenso, eh...aunque descubro que sí tiene gravedad. Digo, ¿Podemos hacer un alunizaje, a esta velocidad? Nada de hipnosis, por favor.

- La luna quema tus bujías, Tío

-¿Qué hora es?

-Hora de dar fin a la charada...

-La luna. Yo tuve una luna universo. Era amarilla, de plastilina. Me la regaló un amigo en un mercadillo, y tardé años en verla. Pero la llevaba siempre encima. Hasta que un día se me partió por la mitad y entonces cayó a mis pies como una moneda. Y estuve mucho tiempo llorando después porque la perdí. Ahora, un gran salto me separa de alcanzarla. Ahí voy, desde el resorte de fierro hasta dos pasos enormes. No se oye un ruido.

-Tío, tú no puedes volar...

-Ah, sí. Lo olvidé. Ok, ambos tomemos el elevador.

-Tío Rubén, el lugar no tiene elevador

-¿No?...qué raro. ¿En qué lugar estamos?

-Todavía en la calle de la melancolía, nunca nos movimos de lugar...

-Ok, entonces tú baja del auto y yo subo al poste y me lanzo volando hasta el lado obscuro de la luna.

-¡Mira, tío! La tierra se empieza a asomar en el horizonte, blanca y azul, por encima del perpetuo Mar de la Tranquilidad. Fachada psicodélica. La célebre cara que al sentir el vuelo de una mosca se dijo: esta es mi mosca y la tomo por mensajero leve y gris de todos

los asuntos de mi vida. Y al final repetirá que no lo mató el corazón, donde le sobrevino la pregunta: “¿Qué lees que es tan gracioso?”, y yo le respondí “Cuentos”. Todo el espectáculo no es sino soñar que era Chuang Tzu que soñaba ser una mosca de paso por el país de su cara.

-Este probablemente trataba de insinuarse contigo.

-Ok, espera a oír esto. Él comenta “Han de ser cuentos de doble sentido” y yo pensé que nadie en el mundo debiera saberlo mejor, pero antes que abriera la boca para decir algo, él pregunta “¿Tienen dibujitos?”

-Mmmm

-¿No es simpático?

-Yo creo que es egipcio. Debió pensar que se trataba del Libro de los muertos.

- Tío, los escritores nunca morimos, simplemente pasamos a la historia.

- Querido sobrino, tú asumiste que la vida eterna significaba vigor y salud perpetua, pero ese es el error fundamental a la teoría. Los desafortunados inmortales no están exentos del proceso de envejecimiento y para el momento que ellos llegan a su primer siglo, ellos ya han perdido la mayor parte de sus habilidades físicas y mentales, las mismas que hacen que la vida valga la pena. Faltos de dientes, cabello, apetito, deseos y memoria, los inmortales arrastran una vida miserable que jamás tendrá fin. Como escritores, simplemente son incapaces de leer, porque olvidan el principio de la frase para el tiempo que la terminan.

-Sí

-¿Cómo terminan las cosas contigo, sobrino?

-Oh, ya sabes. No hay nada nuevo bajo el sol.

Los acontecimientos están por encima de la voz de peligro. El sol se hincha por glotonería y se convierte en una candente nova. El rojo abrió los ojos, el negro dijo algo incomprensible y el Tío Rubén se levantó del pasado en señal de sofocamiento. Ninguno de los tres podía creer lo que veía. La ráfaga violenta sacude la chatarra asesinada, saltan los carbones encendidos del amor.

El cartero era un cadáver precioso al llegar al hospital. Las prostitutas una desgracia integral antes de haberlo pensado. Gabriel llegaba por su lado a la *Rua Morgue*.

Pero nadie en el Directorio de Salud pudo encontrar a una Doctora apellidada Mamba.

O Gorsky.

Y siendo un niño, Neil Armstrong volaba una cometa con dos amigos de su edad en el patio trasero de su casa. Uno de los dos chicos tira del papalote con suma fuerza para hacerlo volar sobre el patio contiguo. Los vecinos eran el señor y la señora Gorsky y el papalote roto había caído con tino bajo la ventana de su alcoba. El pequeño Neil entra al jardín a hurtadillas pero la discusión le impide recoger su papalote. La señora Gorsky le grita al señor Gorsky. “¡Sexo Oral! ¡Sexo oral! ¡Escúchame fresco inútil una vez por todas! ¡Tú tendrás sexo oral de Tatiana Gorsky cuando el hijo de los vecinos ponga un pie en la luna!”. Neil Alden Armstrong, hasta donde le fueron naturales las palabras, simplemente se limitó a sonreír e imaginar la posibilidad en el hilo. El lado oscuro de la cuna.

Gabriel se halla loco. El relee todos sus libros en el cráter más profundo del Mar de la Serenidad. Esos libros suyos están llenos de cosas que a nadie le importa, pero no por eso dejan de ser propiedad pública. Gabriel Fuster terminó por convertirse en una pulpa ficción

desde hace mucho tiempo, pero los dragones que vienen a comer de él nunca se percataron que alguna vez fue un humano. Y si él se hallara saltando un áureo teorema de la inmortalidad, ya tendría el mapa mental de su situación cósmica. Pero allí, en el lado obscuro de la razón a escala, nadie volverá a saber una palabra suya que escriba. Escrita con los colmillos del circular *Ouroboros*, mojados en su sangre viscosa. Escrita sobre la piel curtida de estos seres primordiales, porque entre todos los paranormales, los *Ouroboros* son menos imaginarios que las Mambas. Los *Ouroboros* tienen la forma del mundo. Ellos leen la mente, ellos son críticos. Ellos mastican tus hojas. Y así terminan siendo fermento y sueño para apurar esos calepinos que no deben repetirse en el papel revolución. Leyes hechas, acabadas letras. En otro intercambio simbólico sucede el kundalini para tocar la *medulla oblongata* de Dios. Lo diferente brillante entre el libro inédito, borroso, agotado, censurado, abrogado, anotado, prohibido y el lado obscuro de la runa, salvo el eclipse.

LA SEXTA ESTACION

El propósito de la *Novelle* es la elaboración de pequeños objetos de pluma que rompan tu corazón

Antiguo proverbio alemán.

CAPITULO 1

¿Ah, el vistoso fistol en mi corbata? Sabía que me lo iban a preguntar. Bien, les diré el motivo del prendedor con gusto, pero no ahora.

¿Qué noticias tengo de Agnes? Mmm, claro. ¿Qué es de ella?

Diablos, no. No estoy enojado. Ciertamente hice público que la traería de Suecia, pero, bueno, como decimos en mi escuela, más que atracción mutua, desarrollamos el síndrome de Estocolmo.

Me appena lucir serio ante las amorosas molestias que se tomaron para darme esta fiesta de bienvenida y confieso que es mayor sorpresa saber cómo lograron entrar en mi departamento que verlos salir de detrás del sofá y las sillas, pero terminando por ser absolutamente sincero conmigo mismo y ustedes...apenas puedo sentirme de una pieza. Estoy muy cansado, digo, dieciocho horas y media de vuelo, escala en Nueva York para ingresar al continente, dos vuelos de conexión perdidos en territorio nacional y casi cuarenta minutos de taxi componen una cara inservible ¿Entienden lo que digo? Les ruego cancelar esta noche y les prometo que tan pronto me recupere del espantoso *jet-lag* y tenga

ordenadas las ideas para mi nueva novela, les juro que la armaremos con estandartes de bachilleres la siguiente ocasión.

Oh, mil gracias. Sabía que me entenderían. A propósito, Dolores, Diana, Mary, pueden llevarse toda la comida visible a un mal picnic, porque tan pronto se cierre la puerta voy a tirarme en la cama y dormir dos días seguidos y cuando despierte voy a desconocer hasta mi apetito. Sí, claro, tomen un papel aluminio de la cocina. Excelente. Gracias, gracias.

Gracias a todos por venir. Lo veo pronto en la universidad a algunos de ustedes y los demás ya saben cómo encontrarme en el Akelarre. Cuídense.

Adiós. No, no hagan caso de mis vecinos, ellos tienen la boca de la salida siempre. Adiós.

(¿Gabriel, te puedes quedar unos minutos? Necesito comentar mi segunda muerte con alguien, la muerte del resurrecto ¿No te importa, amigo? Excelente por ti.) Hey, manejen con cuidado, chicos. Vuelvan a casa, sanos y salvos. Adiós, Jorge. Adiós, Fallo y Carolina. Gracias de nuevo, hasta lue....

(Gracias al cielo que ya se fueron todos. Aguanta un minuto, amigo, por si acaso alguien olvidó un bolso u otra pendejada al salir)

Bien, el corredor está despejado. Diablos, Gabriel, pensé que me cagaba en los pantalones cuando entré a la sala y todos ustedes me parecieron que brotaron de las paredes. ¿De quién fue esta idea pendeja? No me digas que tuya, porque no puedo darme el lujo de perderte el respeto en este momento. Necesito un amigo. Un amigo de mente abierta y también necesito un sorbo de ese Cointreau en la cámara secreta de la tercera repisa entre *En Attendant Godot* de Beckett y *17 disparos contra lo porvenir* de Bioy Casares.

Tú eres el que recientemente tuvo la angioplastia, luego debes de tener más energía que yo para servir las copas. Yo estoy exhausto. Mira, hay un par de vasos limpios dentro del gabinete, a menos que la mujer que hace la limpieza haya removido el sello de la alianza mientras recibía el Nobel.

Sí, mientras recibía el Nobel. No, no estoy melancólico. Es la tensión del largo viaje y todo lo que me aconteció en Estocolmo. Mentira, Gabriel, estoy triste. Apenas son seis días desde que cambiaron los signos de las calles en mi vida, pero estoy reconciliado con ello...¿Perdón, que dices?

Está bien. Lo siento, no fue mi intención confundirte. Te contaré sin censura. *Nondum eram abyssi et ego jam concepta eram*. Diablos, no se trata de una casualidad terriblemente complicada, luego puedo fortalecer tu pulso con pocas palabras. Pero abstente de hacer comentarios que me interrumpan y mejor escríbelos en el papel para repasarlos cuando termine mi relato. ¿Estamos de acuerdo?

Bien. Escucha, mis honores estaban programados para el segundo día de arribo. En tanto yo buscaba una semana de anticipación para ver los puntos de interés alrededor, pero me encontré en zugswang cuando SAS puso este Boeing 747 en el aeropuerto Internacional Arlanda y mi mentor, Jules Freitag, esperaba el aterrizaje con su nueva esposa, Veronique, y su hijo, León. Ellos se dejaron acompañar del doctor Yakov Mikhailovich Berger, también conocido Jacques Bergier, un individuo de tradición bizantina que escribe sobre temas de superación personal en gruesos tomos que nadie compra o lee. El clima, por inusitado que parezca, era templado. Jules tenía la camisa abierta del primer botón y llevaba el saco en el brazo. Veronique se mantenía pasando el dorso de la mano por encima del labio superior y León, a pesar de no tener la edad de los dientes del felino, vestía pantalones cortos. Sin embargo Yakov, o Jacques, portaba unos guantes, guantes blancos de látex, de

la clase que usas para recoger especímenes, aunque fue demasiado efusivo en su saludo de mano. Me repetía que le gustaría que viera una tesis que él tradujo al inglés sobre un aspecto sexual de la diferencia sueca. La razón por la cual el hijo del hombre pudiera ser un devoto de mi trabajo, de mi obra *Post-Structuralist Hermeneutics of the Scylla-Charybdis Iconography*, o *Hermenéutica Post-estructuralista de la Iconografía en Escila-Caribdis*, e inteligible germen en un oscuro profesor de Estudios de Lingüística y Literatura Romance de la Facultad de letras de la Universidad Veracruzana, es algo que no puedo saber. Pero debido a que éste, y todos los demás que conocí después, fueron la causa de todo lo que me sucedió, yo sospecho que su presencia en el aeropuerto fue más que simple coincidencia. No, no estoy vacilando en el sincronismo. Paciencia, Carl Jung.

La comitiva me llevó al Royal Viking Hotel y allí desempaque el *esse sustancialis* y disolví la primera sirte cancionera con un baño y tomé una siesta de una hora, pero seguía inquieto. Me caía de sueño, pero no me podía mantener quieto en cama. Continuaba doblando las piernas en el aire. No paraba de preocuparme de los protocolos de la ceremonia de premiación. Un día de ajuste y se supone que estoy a punto de tener en mis manos el máximo reconocimiento académico que existe y tú sabes que nunca luzco tan impresionante en fotografía.

Para el tiempo que la misma gente que mencioné pasa por mí para ser conducido a la cena Real de bienvenida, yo tenía el taponado oído, que también es la nieve derretida al sur del sepulcro en Österlånggatan que ama Agnes. Ok, voy a pasar por alto todos los colores locales. O el costo de vida sueco. ¿Sabes el precio de un rollo de cinta adhesiva? Unos siete euros, escasos cinco dólares y más de setenta pesos. Los mejores clientes de este mercado de ilusiones son los mismos turistas que llegan en cruceros de Copenhague o por el *Seatrain* de Oslo, pues también ellos prefieren comprar sin impuestos los artículos

importados de su propia tierra. Mis marcas favoritas de dulces aparecen a precios de diamantes en el mercado negro. ¿Qué cosa? Ah, no. Yo uso el preservativo porque la humedad me da reuma. Los que especulan con mi salud, que no equivoquen. Allí pago el fistol que me han elogiado en lugar de la mujer más hermosa que haya pisado el planeta...aunque luego te lo explico, luego. Antes nos sentamos alrededor de una larga mesa y en el paladar surge una danza de cuchillos de plata. Cierta pianista de nombre Baekkelund toca de buen suspiro los pasajes clásicos de los compositores suecos del siglo veinte: Blomdalh, Carlid, Bäck, Lidholm y el grupo Abba. Yo quedo sentado al lado de Bergier, quién me mira como si en cualquier momento yo empezara a arrojar pompas de jabón por la boca. Yo rompo el hielo, brindándole las gracias por rellenar mi copa de Champagne. Él sonríe y aprovecha la oportunidad para hacer su comentario: “Me doy cuenta que usted encuentra algo infantil y ajeno el uso de mis guantes”. Quizás ya debiera estar borracho en la segunda copa, pues sigo el juego en lugar de oponer una respuesta recelosa. “Que yo sepa, doctor Gruyere, sus guantes hubieran ciertamente merecido la aprobación de Jacob Johan Anckarström, para deleite suyo y para deleite de todos”. Jules Freitag se muestra incómodo, olvidado de su hambre. Veronique se quedó en casa cuidando de su nuevo embrión, Bjørk, cuyo embarazo le provocaba atrapar y comer moscas. Únicamente el trío de caballeros llegamos a la fiesta, pero ninguno se aleja del grupo igual al polka del enjambre de la reina. *För Sverige i tiden*. Por Suecia, con los tiempos. Otros asistentes se ponen de pie para saludar al rey, aunque era más un asunto de claustrofobia en un salón con los asientos limitados que el deseo de mezclarse con la monarquía. El doctor Bergier me corrige y abrevia una contestación que al instante me resulta tan obvio que se trata de un comentario descortés, estúpido y propio de un borracho. “Yo vivo con una aflicción corporal conocida como hiperhidrosis, profesor Melo. O excesivo sudor anormal.

Yo sudo de las manos, pies y axilas a menos que un torniquete apriete mi cuello. Bajo mi ropa, yo debo vestir dos camisetas de algodón para absorber la transpiración e igual cargo un paquete de toallas humedecidas todo el tiempo, por si se presenta la ocasión en que tengo que saludar a alguien de mano. Sin embargo, yo puedo distinguir el asco contenido de la gente en sus caras en cada entrevista, profesor, por eso uso los guantes”. Yo no me hallo tan susceptible para morder cualquiera de mis Florsheim talla 6 y no romper en risa la velada hasta que Bergier consigue tirar del mantel en rápido pase y dejar la más inquietante visión de mujer sobre la mesa. Sin mayor mejora de humor, cambia la frase a “¡Oh, Agnes! ¡Ven, preciosa...déjame presentarte al profesor Melo Ripoll, afamado escritor y también brillante colega de nuestro amigo Jules Freitag!”. Ella y yo nos miramos uno al otro en silencio y entonces supe lo que se siente padecer hiperhidrosis. Cada poro en mi cuerpo alcanza la enormidad del Niágara. Yo supe en ese instante que había hallado la mujer en el primer lugar de mi lista para proponerle matrimonio y que, fallido ese enlace, no podría cambiar su posición por todos los nombres que parece allí rubrican. Ella tenía el largo cabello del color de las brasas cuando el fuego se ha extinto y queda un chispeo rojizo que parece que respira en el centro de la fogata. Sus ojos eran dos grandes joyas que brillaban. Y verdes. No un verde vegetal, sino la vivacidad de excelentes piezas chinas de jade. Dinastía Shang, dinastía Chou. Y yo debo parecer idiota con tales comparaciones. Lo intenté antes y no pude, cuando te hablé por teléfono a la mañana siguiente, ¿recuerdas? Cuando te aseguré que regresaba a casa con la mujer de mis celos y su nombre es Agnes. Estoy oyéndolo, siga, volviste a decir. Bueno, era un loco enamorado entonces, soy un enamorado loco ahora. Pero la parte clave de mi relato es que mantuvimos las manos unidas por largo tiempo en el primer saludo. Un saludo de apretón firme, increíble. Bergier trata de penetrar la línea ecuatorial diciendo que Agnes Sagnussem es una notable

estudiante, estudiante del Instituto Karolinska, y curador del *Magasinet för sällsamma väsen*, una especie de museo tan imposible como el museo marítimo Vasa presentando una pieza intacta de embarcación del siglo diecisiete, pero no estaba prestando atención a sus comentarios. Nosotros navegábamos mar adentro en la mirada del otro. Y lo siguiente que supe fue que seguíamos tomados de la mano y bajando las escaleras alfombradas con ligereza y fuera del edificio de doscientos años de antigüedad. Cruzando como un par de suicidas el tráfico en Stureplan, el centro de la vida nocturna de Estocolmo y parte del distrito más sofisticado en la ciudad, para escondernos en un callejón de servicio. Yo apenas tuve un instante para pronunciar una carcajada antes de que ella me empujara contra la luna fría y me callara con sus labios puestos en los míos. Allí, Gabriel, amigo mío, en ese callejón, en esa obscuridad, me tropecé con lo que no había encontrado en cuarenta años de un sueño espeso. Ah, no bailo en homenaje a la claridad de un acto de pasión. Mira, me apena abundar en detalles como un cargador, pero bajo esta pose académica, habita un solitario *hijo de puta* de toda mi vida. Tú conoces las dos únicas relaciones con mujeres que cuentan en mi caja de recuerdos. Yo estaba febril por ella, embriagado de ella. No tengo idea del por qué ningún policía hizo ronda en más de una hora y nos arrestó *in fraganti*. Estocolmo sufrió la peste negra en menos tiempo. Ambos pasamos la noche en el Viking Hotel y la mañana siguiente ella lucía tan hermosa como la noche anterior. Tomamos el desayuno en la habitación y el pan y las frutas forman una cara muy feliz. Ilusión óptica o pareidolia. Está entre los dos pechos y el ombligo. Cuando se despereza la mujer con los ojos del par de uvas, muy bella, está desnuda. Hicimos el amor nuevamente. Entonces ella mencionó que tenía que volver a su casa y cambiar de ropas porque tenía trabajo pendiente en el museo. Ella marchó con retraso, pero prometió que me encontraría después de la ceremonia de premiación y volveríamos a estar juntos. ¿Tienes idea lo que esa palabra

retumbaba en mis sienes? Juntos. Fue cuando descolgué el teléfono en la bandeja y hablé de larga distancia contigo y te prometí regresar con el más grande tesoro nórdico, pero eso fue hace seis días...antes que las señales de la calle cambiaran de rumbo.

Jules Freitag es un buen amigo, por ello me reprende con voz baja. Me hace entender que escabullirse del baile de mascarada donde debió ser asesinado Gustavo III, alejándome de la mano de una *femme fatale* en el propicio secreto de los presentes, en vísperas de un evento que observa la prensa internacional, era inaceptable. Asimismo, el Doctor Bergier se muestra en la antecámara del *Concert Hall* de Estocolmo y me incita con un golpe de su guante en la mejilla a que no deba repetir la ofensa de la noche anterior. A partir de ese momento, no puedo desaparecer de su vista, me persigue con la misma sonrisa que cuenta los collares de las llegadas del brazo de los miembros del comité. La gente empieza a aglomerarse dentro del edificio azul del *Konserthuset*, hogar de la Real Filarmónica de Estocolmo y sitio donde anualmente se entrega el premio Nobel. El premio consiste en medalla de oro, diploma y una suma de dinero. Diez millones de coronas suecas, o *kronor*, apenas un millón de euros o poco menos del millón de dólares. El rey llega con las monedas cosidas en su traje. Un cheque es recompensa suficiente para los dioses secuestrados. Debo saberlo, el primer papel moneda se emitió en Estocolmo en 1661. Yo paso una agradable velada entre los laureados, aunque todo lo que alcanzo a pensar es poner mi mano en el pecho de Agnes.

Finalmente, al punto de las tres de la tarde, ella hace aparición. Luciendo totalmente hermosa, gimnasta, conmemorativa. Ya pasa la inclinación de las banderas y regala a la vista un vestido de una pieza y sandalias, desafiando el clima. Ella me encuentra detrás del auditorio, me felicita de forma abierta y me susurra al oído: “*No llevo nada conmigo abajo*”. No tardamos ni diez segundos en abandonar el lugar.

Cinco o seis horas después, ella parecía distraída. Yo sugerí un lugar para cenar. Pensaba declararle mi amor en el ocaso. Ay, Cupido. Ella dijo que no, que no tenía hambre. Que había comido una ensalada en la estación del metro Hötorget antes de verme, pero que tal vez me agradaría conocer el museo donde ella trabajaba. Yo respondí que me encantaría. Ella sonrió. Entonces tomamos un taxi.

La noche había caído sin intercalarse en la ocupación dormida de los pájaros, muy oscura. El taxi nos condujo a la vieja sección de Estocolmo. Gamla Stan, la ciudad entre puentes. Casas de arrebato germánico para solaz de sus propios dueños y calles medievales despidiendo una neblina plata e indescifrable. El cristal de la ventanilla evapora un largo cuadro melancólico. La escasa luna, y no quiero incurrir en cliché, divierte el paseo con la pelota inaudita sobre los techos. El taxi pasa de largo el endurecido parque escénico de Stortorget y se detiene. La calle es empedrada como el resto de la sección e iluminada con un farol de bronce. La rosada luz sugiere caminar. Yo hago evidente mi preocupación por su veraniego atuendo. Ella replica con ademanes que es una vigorosa mujer escandinava. Un paso atrás todo el tiempo, ya pierdo la cuenta del doblar de esquinas. Finalmente, llegamos a un pasaje donde no alcanzo a distinguir la prolongación del camino. Volteo al letrero de la calle y leo: *Cyklopavenyn*. Avenida Cíclope.

Eso sí que es clisé, pensé.

Agnes me suelta de la mano. Ella toma un llavero de su bolsa de mano e introduce la llave larga en el primordial portal de los muros enemigos. Gira la cabeza de plomo y el mecanismo de la cerradura provoca un ruido de liberación que se pierde en eco. “Agnes”, le dije. “¿Adónde diablos me llevas? Yo pensé que me querías enseñar...”

“Ja, jakande...”

Pido que me traduzca *Magasinet* etcétera, etcétera. Ella aclara que no es posible traducirlo al inglés. Tal vez al español, siempre que la ayude un poco. Ambos reímos y ella repite *Cyklopstrasse*, luego añade *Keep of extraordinary existences*. Yo supongo que quiso decir la custodia de las existencias extraordinarias, pero no puedo estar seguro. Agnes empuja la arcaica puerta terrenal para ingresar con el alma mojada entre dos ráfagas encontradas de aire. En el interior no veo otra cosa que las leyes de la luz, luz haciendo a un lado la obediencia nocturna. *Ibant obscuri sola sub nocte per umbran*. Agnes me toma ahora del codo y me hace caminar dentro de una imagen fija de la linterna mágica. Mis ojos se ajustan a la luminosidad, simplemente para contemplar el repositorio de tesoros más grande que haya visto en la vida.

Más vasto que el Louvre, más magnífico que El Prado. Más valioso que el Metropolitan Museum o el Ermitage. Más luminoso, más puro, más exquisito, debilitando la perspectiva del Boymans-van Beuningen de Rotterdam, o el Museo de Antropología. Cada arco ojival y la bóveda por arista sobre esbeltas columnas, daba a toda la estructura una impresionante sensación de mareo. Desde la nave central donde estaba parado, yo pude ver sala tras sala en líneas que desvelan a los quirománticos y llenos con los cuerpos disecados de todos los seres conocidos de la mitología universal. No hurgas las cantidades infinitas de tu memoria. El museo que mi Agnes guardaba, el repositorio que mi Agnes cuidaba, la galería que mi Agnes clasificaba y vendía la diversidad de cada copia, era la galería de los seres inimaginables. En nichos o en pedestales, en cajas de cristal o suspendidos con alambres de techos invisibles, los monstruos lucían sin memoria, sin vínculo, solos, nacidos por generación espontánea para una muerte hermosa y manual como una manzana. Por aquí, allá y más allá. La milenaria tortuga Kurma que sostuvo el monte Mandara en su caparazón durante la agitación de los océanos por Devas y Asuras. Un par

de unicornios, macho y hembra, perdidos entre coces por el mundo de la inmensidad, las nubes durante el diluvio universal. El ahuiizotl que emerge a desbordar la red de los pescadores. El Groendel. Moby Dick. La sagrada serpiente emplumada, Quetzalcóatl, y la serpiente hindú de mil cabezas, Kalinaga. El Basilisco. El Dragón escandinavo, el dragón medieval, el dragón chino. La fantástica ave Roc, la simbólica ave Fénix. Artrópodos gigantes, moluscos y anfibios. Mokele Mbembe y Yeti, asomados por las grutas de la supervivencia. La Medusa y el Minotauro, escondidos en los corredores del dédalo. Miles y miles de bestias de rareza y asombro de todas las regiones del mundo y todas las épocas, de todos los credos y todas las edades de la superstición, de todos los sueños y todas las pesadillas. Todas abrevando la salmuera de un perfecto trabajo de taxidermia. Yo recorrí pasillo por pasillo, asintiendo como un catedrático, procesando la sin fin y ubicua pizarra mental y comprobando que todo, todo, todo era cierto. Hasta el coco y su pareja surgían en una esquina, faltos de lobreguez y de relámpago. Largo tiempo los contemplé. La piel pálida en ellos pareciera indicar indicios de porfiria, como si hubieran vivido toda su vida bajo las camas y dentro de los closets.

“¿Pero cómo?”, yo pregunto sin poder cerrar la boca completamente.

“Yo soy quién los atrapó a todos y cada uno”, me responde.

De todo lo que pude haber visto en Suecia, de todo lo que pude haber escuchado en Estocolmo, eso era lo más revelador de todo. Mi Agnes había capturado todas las bestias en un safari irreal. No podía creerlo. Sin embargo, su mirada me convenció de lo contrario. Ella viajó hasta su propio *habitat*, ella los acechó, ella les dio caza y los entreabrió y arrojó sus heces en extraño rito. “¿Para beneficio de quién?”, yo inquiero. ¿Quién visita este zoológico de milagros? Ella sonrío, pero no contesta mi pregunta.

Horas más tarde, regresamos a mi habitación en el Viking Hotel. Yo me hallo perdido en un remolino de magia e imposibilidades para asirme a su cuerpo. Su cuerpo desnudo era muscular y al mismo tiempo tan femenino y tan seductor. Ana Bolena y anabólicos, todo combinado. Ella era hermosa y al mismo tiempo la cazadora de todas las criaturas fabulosas y legendarias. Por supuesto que recuerdo el firme apretón de su mano en nuestro primer saludo. Fuerza de agarrar el machete, de tensar el arco, de disparar un rifle Sharps, de manejar boleadoras y destazar con el cuchillo. Ella me habló del arte de cazar, de la técnica del rastreo, de las largas persecuciones hasta tierras exóticas: Petra y Angkor, Teotihuacan y Tibet, Djinnistan y Malta, Skull island, etcétera. Y entonces cambió el tema abruptamente. “Me gustas mucho, J.V., y adoro la idea de irme contigo a América...pero....

CAPITULO 1¾

Al siguiente día, salgo del hotel en busca de la Avenida Cíclope. Mi preciosa Agnes se escabulló en mi sueño, la noche anterior. Al fin una Valquiria, una poeta, una conspiradora y una hechicera, en medio de éste, grabó sobre la calavera de caballo una maldición de tres estrofas de treinta y tres runas cada una. Pide al viento del Norte que le dé una nave larga y hermosos remos para surcar el mar y hostigar las islas y dar muerte al temible Krakken. Desperté y descubro una tableta de chocolate en el lado de su almohada. Regreso a la parte antigua de la ciudad y echo andar mi olfato de sabueso para encontrar la dirección. Yo reconozco todas las vueltas que hicimos, a pesar de la vista distinta de esas calles de guijarros a la luz del día. Y, por supuesto, los signos de urbanidad cambiaron de rumbo. Llego a un callejón sin salida y en el frontispicio se lee, de potencia a potencia, Österlånggatan. El museo no está allí. O mejor dicho, se volvió un cementerio. Me retiro del lugar y camino sin destino. La situación es igual a mirar un espejo de una sola vista, de interrogatorio, mirando al exterior mientras nadie puede saber lo que sucede detrás. Polifemo, el cíclope, atrapado en su cueva, es víctima propicia de todos los Odiseos arrojados por la tormenta y que llegan a él. Y comparado con Polifemo, negado de la mitad de la vista, yo estaba llevando al traste mi trabajo, mi reputación.

Decido caminar a Stortoget, el pulmón de las viejas casas de comerciantes locales, incluyendo el edificio de valores de Estocolmo. Famoso sitio en que tuvo lugar el baño de sangre de 1520, donde nobles suecos fueron masacrados por el Rey Danés, Cristian II. Decido caminar al parque y quedarme un rato allí. En una banca, parcialmente disuelto por la fría brisa, repaso la novela de bolsillo.

Agnes lude con el índice los relieves del número de mi habitación. Yo le pregunto esa primera vez. “¿Deseas pasar a probar una barra de chocolate? Tengo muchas en mi equipaje”. Ella responde con otra pregunta. “¿Qué hora es?”. Mi reloj marca las 12 de la noche. Sonrío nervioso y añado. “Me estoy perdiendo en la traducción, preciosa. ¿Por qué un hombre de mi inteligencia no se molesta por saber la verdad? ¡Finalmente, no van sonar las sirenas por lo que podamos hacer!”. No estoy haciendo un chiste, estoy sediento de amor. Ella dice. “¡Esa es buena! ¡Eres muy simpático, me gustas mucho....pero...me doy cuenta que en los círculos de galardonados eres considerado un *dikh!*”. La llave electrónica autoriza la entrada al cuarto. “¡Las damas primero!”. Advierto en otro tono, el inapropiado acento me hizo escuchar *dick*. Ella sonrío amable y añade. “No, cuando la luna desciende a los infiernos”.

La gente se mueve aprisa en la calle de Västerlånggatan, la arteria comercial que ha puesto tienda hasta donde se ve el telón de fondo: la humedad de las pinceladas de Veermer. No puedo distinguir sus caras en el movimiento. No los escucho hablar, aunque mueven los labios y se reacomodan por grupos, pero parece que por un momento todos fijan la atención en mí. Yo me siento totalmente ajeno a la experiencia. Giro en redondo y cierro los dados en un punto conocido.

Agnes me sigue mirando y continúa sonriendo.

“¿Acaso debo usar mis puntos para poner una recompensa?”. Pregunto.

“Nej, ingen”. No, no es Agnes.

“Perdón, no estoy seguro de haberla entendido, señora”

“Nadie lo ha tocado”. La extraña reclama, agita ambas manos por encima de mi dolor de cabeza. “¡Nadie quiere algo de usted!”

Ahora un caballero habla por detrás mío. Repite algo que tampoco puedo entender. Curiosamente, el parecido es con Yakov Mikhailovich Berger, también referido Jacques Bergier. Lo siento, persona equivocada.

“¿Dijo usted algo, estimado señor?”

El hombre se mantiene observándome por largo rato, como si también le recordara a alguien conocido.

“Nadie lo ha tocado”. Digo cortante.

“Usted merece algo mejor”. Me comenta.

“Si usted lo dice”

“¡Al contrario, si *usted* lo dice! ¡Existen por lo menos tres cosas que usted necesita saber!

“¡Me sé perdido!”

“Por favor, no se distraiga”

“Ok, ¿Cuáles son las otras dos cosas que necesito saber?”. Pregunto al hombre.

Ahora una mujer daba la respuesta.

“¡Nadie debe vivir con miedo!”

“No entiendo, ¿Qué quiere decir con eso? ¿Acaso usted vive con miedo?”

La mujer da la vuelta y se pierde en la gente.

“¿Quiénes son todos ustedes? ¿Qué quieren de mí?”

Tácito llamó *suinoes* a la tribu *svear* que habitaba a orillas del lago Mälaren. Yo me abro paso a empujones entre los bárbaros. Una voz ubicua me alienta. “¡Es hora que te apures!”

Yo siento agua mojando mis tobillos. El vértigo se convierte en un arco de mampostería. Para el tiempo que lo alcanzo, ya me hallo nadando. Frías, sumergen mi testa

las aguas del lago Mälaren. Me sostengo en el contrafuerte de la construcción del puente, recuperando el aire.

“¿Necesita ayuda? Escuchas decir de otra voz familiar.

Una mano toca mi hombro. Miro a la mujer en cuclillas y los brazos extendidos para alcanzarme, profundamente preocupada.

“No estaba tratando de suicidarme”. Le explicas a Veronique Getz. Las disculpas como papeles mojados, pegados al cuerpo.

“Jamás llegué a suponerlo, profesor Melo”. Veronique me comenta con voz calma, aunque de modo ridículo trata de secar con su pañoleta mi rostro y ropas empapadas. El dolor de cabeza parece mitigarse en la hora de vergüenza. Yo escucho otra voz susurrar, proveniente del lago. Diciendo: “¡Es hora que te apures!”.

“¿Escuchó eso? Le cuestiono a Veronique.

“Sí”. Responde. “Alguien habló a lo lejos”

“Debe ser un truco del eco”

“O un vikingo. Llamaré a Jules y a su embajada...pero, de todos modos, usted necesita que lo llevemos a un hospital

“¡No me importa donde me quieran llevar...tengo libre hasta el jueves!”

Y empiezo a hacer ruidos de motor con la boca.

CAPITULO .011

Existen más de un millón de historias en el Valhalla. La mía es otra de ellas, Gabriel.

Algún día voy a escribir una fantasía acerca de la búsqueda del amor verdadero. Acerca de un sabio que sabe que tal cosa existe. No la idealizada versión de los griegos, sino una actual, literal, cruda versión del sentimiento. Y lo busca por todo el mundo, siguiendo las pistas por referencias orales y manuscritos antiguos. Desde la isla de Lesbos hasta la cima del Scartaris. Y cuando finalmente lo encuentra, resulta ser un trofeo en un museo de vidas ficticias. Todavía no he resuelto que hace con ello. Y ese es el problema del amor, una vez que lo obtienes, una vez que lo tomas...no sabes qué diablos hacer con ello.

Jules Freitag miraba la flota de Scandinavian Airlines Sverige y ubicando el avión que debía abordar. Él me ha seguido todo el camino desde el hospital, indicando una relación homosexual entre Jesucristo y Prometeo.

“Ahora somos ciudadanos del mundo, profesor Melo. No necesitamos un amor platónico para manchar nuestra reputación”. Jules me advierte sin hacer contacto visual.

“¿Es usted griego?”. Contesto de la misma manera.

“No sea ridículo, por favor”. Voltea a mi persona.

“Amor o agape, eros, filia, storge, xenia. Las diferencias culturales hacen imposible de establecer una definición universal de la palabra”. Lo confronto en definitiva.

“Conozco la hipótesis Sapir-Whorf”

“¿Y Agnes?”

“No tengo conjetura formada al respecto”

“¿Ninguna idea?”

“Hey, ¿Qué esperabas? ¿Música de órgano? Escucha, colega, fui llamado a la oficina del Director Social de mi bloque de residentes. Para ser sincero, estaba nervioso. Yo sabía que no había hecho algo que pudiera avergonzarme pero, desde que fui niño y era llamado a la dirección de la escuela, el simple hecho de responder a la palabra *reporte*, me volteaba el estómago. El coordinador me hizo esperar por media hora, en una banca, con mejor suerte que el grupo de cabilderos que debieron haber perdido el cabello de esperar. Finalmente, la bocina llamó mi nombre y entré en su oficina. Caminé aprisa y me senté antes de que me lo indicara. No me hizo el menor gesto de alerta, estaba ocupado en unos papeles. “Doctor Freitag”, se dirige a mí y sonrío. “Jules, hijo de puta, parece que Agnes Saknussem se ha convertido en la quinta esencia *gestalt*. Tu protegido es la plática del pueblo”. *Mierda, mierda, mierda*. “¿Hay alguna ley en contra de ello?”, respondí. “Oh, no...no, por supuesto. Pero parece que ya es hora que lo encomiemos a celebrar su diploma y su medalla en casa”

“¿Quieren que les devuelva su premio?”

“Hey, no tienes que actuar a la defensiva”

“¿Qué hay del particular doctor Bergier?”

“Mmm, encontramos un par de guantes, aparentemente propiedad de Bergier, llenos de una viscosidad pestilente en su interior, en las inmediaciones del *Konserthuset*, pero en cuanto al doctor en persona, parece que se desvaneció en el aire y dejándonos a la Academia una enorme cuenta de hotel por pagar”

“Él me introdujo con Agnes. Tengo la sospecha que ella sentía lástima por el pobre hombre y su secreto”

“Yo también”, comenta Veronique. Ella se refiere a su propia experiencia y comenta para una entrevista de televisión. “Yo conocí a Jules en Zürich, en la avenida Bahnhofstrasse, entre las caravanas de gente entrando y saliendo la tienda Jelmoli’s, la respuesta europea, junto con El Corte Inglés, a las tiendas departamentales americanas. Yo quería comprar un par de productos de importación: cigarros Camel, sopa Campbells’s, revista Cosmopolitan y un frasco de Panadol. Los cólicos menstruales me estaban haciendo moverme torpe. El se tropezó conmigo y la bolsa cayó al suelo. Amablemente, él recogió las cosas del suelo, las embolsó de nueva cuenta y se disculpó conmigo. Yo le doy las gracias y lo veo perderse en dirección a Paradeplatz. Paradeplatz es famoso por su mundialmente conocido chocolate, inicio y escape de los enamorados. Yo me quedo con las ganas de una invitación al café nacida del atractivo extraño, pero termino en la cocina de mi departamento, matando cucarachas suizas. Con la uña, rompo el aluminio del empaque. Tomo dos tabletas de sus burbujas de plástico y las trago con agua del grifo. Al regresar la placa a su lugar, noto que la caja guarda un papel doblado. Lo abro esperando leer un instructivo al menos en tres lenguajes. En cambio, escrito con lápiz se lee el siguiente mensaje: *estarás muerta mañana*. Mi corazón paró de un golpe. Por un instante estaba totalmente, inexplicablemente aterrada. Yo aviento la nota como si la hubieran mandado mis enemigos. Alguien toca a la puerta en ese momento. Yo me dejo caer en la silla que hace una maleta de ropa sucia. Trato de arreglar mis ideas. No puede tratarse de mí. No era más que otra simple empleada trabajando para una multinacional. La puerta retumba otra vez y me altera el timbre eléctrico. Diablos, ¿será un antiguo novio que finalmente me rastreo y localizó? Apenas llevaba tres semanas en Zürich. Me equivoco de nuevo. ¿Un despechado amante, alguno de los pocos hombres que he visto desnudos? ¿O quizás eran un par de terroristas con pasamontañas al otro lado de la puerta, jurados ángeles de la

muerte, enviados por Carlos *el Chacal* o Abu Nidal por un error? Una voz traspasa la madera.

“Fraülein, miss, lady...”

Pego la oreja a la entrada. No hay sonido. Pregunto, con las dos manos cruzadas sobre el pecho: *“¿Yes, who is it?”*. Enseguida salto de la imagen a un lado del marco, para el caso que unas detonaciones de escopeta sean que traspasen la madera o el hacha de un desquiciado asesino en serie.

“¡Ah, guten morgen, fraülein Fritcher...ich bin der...!”

“¡I don't speak german! ¿Who are you? ¡Speak English, please...!”

“¡Ah, ja, ich, uh, that isz, I, yes, I am the tick tock care of man, nein, vhat isz I mean, I am der superviszer ouf time, der chronometer, ja, das ist, yes, I am der clockmaker!”

“¡No, thank you!”

Una persona no identificada llega al rescate del trato con el relojero suizo. La lucha dura unos pocos empujones y toca el cucú. El héroe anónimo desliza una tarjeta prepagada de Jelmoli bajo la puerta y se retira. Yo regreso a la cocina a llorar.

“¡Todavía tengo muchas cosas por hacer...no me quiero morir...tan solo soy otra simple empleada de una transnacional peleando un ascenso!”. Me lamento.

Apetezco un cigarrillo. Con la uña, rompo el celofán del empaque. Adentro de la cajetilla, perfectamente enrollado como otro cigarrillo, noto un papel rosa. Lo desenrollo con temor y leo: *ignora el mensaje anterior.*”

“¡Pero la locura aquí descrita, amigos televidentes, es lo que el fallecido Apley daba llamar la excentricidad!”, te interrumpe el conductor del programa. *“¡El patrón de conducta fuera de la norma aceptada y establecida! ¡O lo qué, quién sabe qué rayos quiere esto decir! ¡El caso del anciano con medallas de viejas batallas en el suéter, sentado en una banca del*

parque, en animada conversación consigo mismo. La muchacha que se viste cual la exacta replica de Marlene Dietrich en *Der Blaue Engel* en cuatro bodas y un funeral. La anciana que muere dentro de un cuarto sin ventanas y los policías hallan sesenta años de recortes de periódicos guardados y trescientas cincuenta mil libras en una caja rancia de habanos. El triunfador empresario que gusta vestir la ropa interior de su esposa!....”

“No sabría decirlo”

“¿No tienes una idea que ocurrió realmente afuera de tu domicilio?”

“Ah, tres días después hojeo las páginas del *Cosmopolitan* y en la sección de solteros veo este rostro que me es conocido. Jules Freitag es el nombre del hombre misterioso en Jelmoli. Yo le escribo mi único documento falso en alemán. *Wir bleiben in kontakt.*”

“Nos mantendremos en contacto”. Comenta Jules, mientras me despide en la zona de seguridad. El todavía puede despedirse abrazado con Nobel.

Nos mantendremos en contacto, por supuesto. Ignora que el encuentro entre dos almas en un mundo sin alma requiere de mapas especiales. Yo vuelo a Islandia ahora. ¿Por qué motivo? Me gusta la belleza. Me gustan las cosas buenas, las usuales: comida, arte, tecnología de punta, sexo. Una velada entre amigos del nivel de Zaratustra o el inventor del ajedrez. Decido que soy escritor, porque mi curiosidad respecto de toda clase de *minutia* me ha llevado a aprender distintos temas como cartografía, historia, armas y juguetes, restaurantes de delirio, alta sociedad, pandillas, burdeles secretos, el art Deco de los treinta, los puentes de mampostería y los ahogados. Veronique Getz confiesa que se iba a suicidar esa ocasión. No fue una coincidencia encontrarme en Mälaren. O Zürich. *Mach es gut* es el nombre del *show*. La locura es esa encarnación definitiva del disco solar alado con

divinidad de cuatro turbinas, fuselaje de aluminio y polieturano, cabina presurizada y cuatrocientos asientos de capacidad. Su nombre sagrado es *¡ZUUUUUM!*

Me hallo parado en el fin del mundo. Tuve que rentar un auto en Reikjavik un día antes, el diez, y conducir hasta Búdir donde tomé un cuarto y le regresé la vista a un hombre ciego de nacimiento. Para ser honesto, no tenía necesidad del auto. No más de lo que necesitaba un castillo, un premio, un milagro o un ticket de vuelo Estocolmo-Reikjavik. No más de lo que necesitaba un pueblo pedernal y una tierra demasiado tristes, demasiado transidos de fanfarrias solares. Pero quería contemplar con mis propios ojos el arrebató de los colores boreales, el éxtasis de los musgos creciendo entre los géiseres y aguas termales. Los registros sismográficos tenidos de la erupción del monte Hekla en 1970 a lo largo del riachuelo en los confines de Thjórsárdalur. Aunque Islandia fue visitada por griegos y romanos, permaneció virtualmente deshabitada hasta el año 874, pero yo deseaba llegar como hicieran los normandos y pararme sobre la ceniza negra del cráter en Langahlid y maravillarme de la tenacidad de las delicadas, exquisitas flores blancas que crecen buscando la luz entre las inhóspitas fisuras. Yo deseaba tener el momento antes de las calendas de julio, para extender las cuerdas vocales de una boca a otra boca. Para reconciliarme con ese fuego nunca extinto en el magma del corazón.

Lo que describo es como hablar dormido. Haciendo pausa para pasar el tiempo telepáticamente con mi bella Agnes. La cazadora que persigue los mundos desde que la luna se fracturó para formar Murus, Furus y Veing. Ella se halla cerca, valiente más allá de los augurios, avanzando sin romper el asedio y habiendo visto de todo, hecho de todo, completando su círculo de muerte, sexualidad, poesía y eternidad.

Por su amor, yo persigo la ruta de Reikjavik y Næfurhol y Brún, sufro sus pedradas en esa isla de volcanes. Es un pequeño viaje en el calcio de los huesos. Cumpló la meta: Snæfellsjökull. En Islandia, todas las formaciones montañosas portan el mismo término de *Yocul* y significa glaciar, debido a que las nieves recristalizadas forman cavernas de hielo. Snæffells significa montaña de nieve. El coloso se eleva en la península oeste y puede ser visto desde Reikjavik. Aún en Reikjavik la montaña es referida de gran poder, no faltan los que le otorgan un poder psíquico. Yo me paro en su cráter y recuerdo mi último sueño en Estocolmo, las runas. *In Sneffels Yoculis craterem kem delibat umbra Scartaris julii intra calendas descende, audus viator, et terrestre centrum attinges.* Domina la lectura en latín la voz de un tercero. Amigo mío, ¿puedes reconocer las palabras? ¿La firma? *Kodi feci. Arne Saknussem.*

Snæffells ha permanecido en calma desde 1219. La sombra del pico Scartaris camina lentamente sobre el terreno. El sol termina su malabarismo en su punto más bajo. Finalmente, la sombra apunta la dirección correcta dentro de la caldera. *Desciende al cráter de Yocul en Snæffels, cuya sombra del Scartaris alcanza, antes de las calendas de Julio, viajero audaz, y tú alcanzarás el centro de la tierra. Yo lo hice. Arne Saknussem.*

Aun los hijos deben aprender a vencer a los padres. Si el tiempo es suficiente.

Llamas por Agnes con un largo grito y empiezas el descenso. No obstante las calendas están a seis meses por delante.

CAPITULO V

¿Me preguntas si la he vuelto a ver, después del viaje al centro de la tierra? Gabriel, impaciente escucha, la veo todo el tiempo. Repito la expedición punitiva con la mínima proyección astral. La puedo ver claramente. Mi Agnes, tan fabulosa. Ella navega a considerable velocidad en una balsa de troncos, en un mar que abunda la pesca mesozoica, con las velas raídas por el grave viento que desata el fenómeno eléctrico que ocurre como tormenta en esa región subterránea. Unos remolinos en el agua denuncian el peligro en sus capas inferiores. Vira el timón cuando emerge el leviatán. Ella lleva en la mano una cimitarra y sus terribles ojos verdes no pierden detalle de su presa. Pero la presa también tiene una conducta depredadora y busca devorarla, derrotarla, capturarla y llevar a cabo un festín con su deliciosa carne. Ambas figuras pasan raudas de largo. Las primeras dentelladas han quedado impresas en el duro metal del sable. No consigo apartar los ojos del filo mellado, roído. La bestia queda herida de muerte en el segundo duelo. Un ojo es removido en la batalla. Yo pienso que es maravilloso verla con un parche sobre su rostro. En el hospital que compartimos junto a Phileas Fogg, hasta me permite ver dentro del cuenco vacío y me demuestra cómo se respira a través del hoyo donde el ojo ocupaba el lugar. El tamaño del ojo desprendido no difiere mucho de la cabeza de un fístol. La esquirra con el brillo ciclópeo de la esmeralda y la mujer. Muy vistoso en mi corbata, ¿verdad? Oh, Agnes. Por supuesto que la veo todo el tiempo...y estoy recordando todo a sabiendas que nada fue realidad. ¿Qué no te habría parecido demasiado poco? Un prendedor no sirve de evidencia y lo soñado y lo vivido son intercambiables e igualmente falsos. Ahora, ¿Podrías colocar esa botella de Cointreau en su lugar y despedirte? Voy a subir a mi recámara y

dormir como lo había advertido. Luego hablamos de mi novela. Gracias por haber escuchado, querido Gabriel. *Bye.*